

## EL "ITINERARIO" DE DON RAFAEL DE LLANZA

por ROBERTO DE LLANZA

*Mi tatarabuelo, don Rafael de Llanza y de Valls, nació por el año 1775 en San Ginés de Vilasar (Barcelona), en la casa pairal que hoy poseen sus sucesores doña Mariana de Bufalá y su esposo el contralmirante don Rafael Fernández de Bobadilla, los cuales con el mayor cariño han conservado los archivos y recuerdos de su antepasado y me han proporcionado a mí la ocasión de dar a conocer lo que pudiéramos llamar las memorias de aquél.*

*Muy joven todavía, ingresó don Rafael de Llanza en la carrera de las armas, como era costumbre en la nobleza de aquellos tiempos, pasando a mandar como capitán o comandante un batallón del Regimiento de Guadalajara.*

*En aquellas fechas se organizó la expedición española al mando del Marqués de la Romana, y de todos es conocida la odisea de aquel ejército, lejos de la Patria, hasta que desertó de las fuerzas de Napoleón y su evacuación de Jutlandia por la escuadra inglesa, su desembarco en Santander y unión al ejército de Blake. Pero tres regimientos españoles no pudieron escapar, siguiendo a merced del emperador francés, y entre estos regimientos quedó el de mi tatarabuelo.*

*Su Itinerario es un cuaderno autógrafo y manuscrito pulcrísimo de 76 páginas y de 22 cm. por 15. Con gran sencillez narra en forma amena lo que aconteció a sus hombres y a él a partir del momento de la frustrada evacuación, dedicándolo a título informativo a su hermano don Jaime de Llanza, que era Abad del Monasterio de Amer.*

*No soy, pues, sino mero transcriptor. Me limito a copiar el manuscrito resolviendo algunas abreviaturas, pero sin corregir ni enmendar, y mucho menos opinar sobre lo consignado en el mismo.*

*De regreso a la Patria, después de sus maravillosas aventuras, casó con la ilustre dama doña María de los Dolores Esquirol y Hurtado de Mendoza, y residió la mayor parte de su vida en San Ginés de Vilasar, en donde en 1822 nació su primer hijo don Benito, quien al casar con doña Concepción de Pignatelli unió a los Llanza todos los títulos de los Gonzaga y los Mantua (Condes de Centellas,*

duques de Solferino, de Monteleón, tres veces grandes de España, etc., etc.). Don Benito de Llanza ingresó en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona en 1852.

En el Palacio que en la Bajada de San Miguel núm. 4 poseían los Centellas, consérvase un busto de don Rafael como Jefe inmediato de la casa Llanza.

Es de notar que los Llanza, Llança, Lancia o Lanza eran oriundos de Sicilia, de donde vino Conrado, acompañando muy joven aún, a doña Constanza, hija del rey Manfredo de Sicilia, para casarse con don Pedro, hijo del Rey Jaime I el Conquistador.

Dicho Conrado, fiel consejero de don Pedro aun antes de ser Rey, fué investido caballero y más tarde nombrado almirante de Cataluña-Aragón, tomando parte en múltiples embajadas y acciones al mando de una escuadra catalano-aragonesa (batalla de Arebiba, Túnez, etcétera) y fué uno de los tres caballeros catalanes que acompañaron al ya rey Pedro III en la célebre aventura caballeresca de Burdeos.

Después de estas referencias históricas sólo me queda decir que si para las generaciones futuras puede servir de lección el patriotismo que vibra en todas las páginas del manuscrito de don Rafael y a la historia puede suministrar algún dato hasta hoy inédito, he conseguido el único propósito que me proponía al dar a luz lo que hasta hoy dormía en los archivos y que al parecer fué redactado con la intención de publicarse, pues en la página 21, al aparecer la palabra vivac, el autor hace constar, en una nota, que la explicación de su significado tendrá que ponerse al pie de página "al imprimirse".

## ITINERARIO

De don Rafael de Llança y de Valls, Comandante del antiguo Regimiento de Infantería de Guadalaxara, desde su salida de España hasta su feliz vuelta a ella, mandando el primer Batallón del nuevo Regimiento de Infantería Imperial Alexandro, formado por su M. I. en la corte de San Petersbourg.

## DEDICADO

A su hermano don Jayme de Llança y de Valls, Abad del Monasterio de Amer en el Principado de Cataluña.

Año de 1813

## INTRODUCCIÓN

A mi salida de España fuí tomando noticia del nombre de los pueblos por donde pasaba, su distancia entre sí, su población, con todas las particularidades dignas de anotarse. Estas noticias fueron aumentando a medida que mis viajes se multiplicaban. A últimos de 1807, hallándome en las inmediaciones de Hamburgo, puse en orden todas las noticias que había adquirido en mis viajes hasta aquella época, cuyo cuaderno fué perdido con todo mi equipage en la isla de Feonia, cuando el Excmo. Sr. Marqués de la Romana vino a España con todo el ejército, quedando yo prisionero en la Isla de Zeelandia. Me quedaba el suscrito cuaderno por el cual había formado la relación.

El año de 1812, hallándome en Saralsund, emprendí por segunda vez formar relación de mis viajes; llegué a tener más de 300 pliegos escritos. La salida para Prusia, Polonia y Rusia interrumpió mi curiosidad. El volumen fué quemado frente de Smolensks, con todos mis libros, cartas geográficas y equipage y, lo más doloroso, con una perrita que por su hermosura y lealtad, junto con haberme acompañado en mis trabajos, se hacía acreedora al sentimiento que tuve de no haberla podido salvar de las llamas.

Sin embargo de todas estas pérdidas, siempre he podido por una casualidad conservar el cuaderno que contenía las fechas, nombres de los pueblos y principales hechos, pero de ir dando vueltas por la maleta, tan roto, sucio y borrado que con dificultad se podía entender, por lo cual he formado esta sucinta relación para dar una idea de mis viajes a mi amado hermano don Jayme de Llança y de Valls, mis señores padres y hermanos a los que dirijo suplicándoles que disimulen las circunstancias del mal papel, mala tinta y peor letra, defectos que ha de hacer la exposición poco apreciable.

Con todo, si se busca la sencillez y verdad se hallará en esta siguiente relación:

Días	Pueblos	Leguas	Reynos
3 enero 1806.	Salida de la ciudad de Barcelona y primer tránsito a Mataró .	4	
Día 4.	— Pineda. ....	4	
Día 5.	— Vidreras . ....	4	
Día 6.	— Pontmajor ... ..	4	
Día 7.	— Descanso		

Días	Pueblos	Leguas	Reynos
Día 8.	— Figueras . . . . .	7	
Día 9.	— La Junquera . . . . .	3	
Día 10.	— Bouló . . . . .	4	
Día 11.	— Perpiñán . . . . .	4 $\frac{1}{2}$	
Día 12.	— Descanso.		
Día 13.	— Ribas Altas . . . . .	3	
Día 14.	— Sijean . . . . .	3	
Día 15.	— Narbona . . . . .	5 $\frac{1}{2}$	
Día 16.	— Besiers . . . . .	5	
Día 17.	— Descanso.		
Día 18.	— Pezenás . . . . .	4	
Día 19.	— Meré . . . . .	4	
Día 20.	— Montpellier . . . . .	5	
Día 21.	— Descanso		
Día 22.	— Lunell. . . . .	5	
Día 23.	— Nimes. . . . .		
Día 24.	— Pasage del Rona y aloxamien- to en Tarascón . . . . .	5	
Día 25.	— Descanso.		
Día 26.	— San Remy . . . . .	4	
Día 27.	— Orgon y Zenár . . . . .	4	
Día 28.	— Lambré . . . . .	5	
Día 29.	— Aix . . . . .	5	
Día 30.	— Descanso.		
Día 31.	— Frel . . . . .	5	
Día 1	Febrero 1806. — San Maximin . . . . .	3 $\frac{1}{2}$	
Día 2.	— Briñole . . . . .	4 $\frac{1}{2}$	
Día 3.	— Descanso.		
Día 4.	— Lasár . . . . .	6	
Día 5.	— Lemuy . . . . .	4	
Día 6.	— Frejus. . . . .	4	
Día 7.	— Descanso.		
Día 8.	— Canes . . . . .	6 $\frac{1}{2}$	
Día 9.	— Niza . . . . .	7	
Día 10.	— Descanso.		
Día 11.	— Menton . . . . .	5	
Día 12.	— San Remo . . . . .	5 $\frac{1}{2}$	
Día 13.	— Porto Mauricio . . . . .	5	
Día 14.	— Alazio. . . . .	5 $\frac{1}{2}$	
Día 15.	— Final . . . . .	5	

Días	Pueblos	Leguas	Reynos
Día 16. —	Descanso.		
Día 17. —	Sabona ... ..	5 $\frac{1}{2}$	
Día 18. —	Boltry ... ..	6	
Día 19. —	Génova ... ..	4	
Día 20. —	Descanso.		
Día 21. —	Rappalo entrada al Apenino...	7	
Día 22. —	Sestry. ... ..	8	
Día 23. —	Libanto ... ..	7	
Día 24. —	Spezia descendimiento del Apenino... ..	7	
Día 25. —	Descanso.		
Día 26. —	Saviana... ..	4	
Día 27. —	Pietra Santa ... ..	9	
Día 28. —	Pissa ... ..	7	
Día 1	marzo 1806, descanso.		
Día 2. —	Pontaderas ... ..	6	
Día 3. —	Empoly. ... ..	6	
Día 4. —	Descanso.		
Día 5. —	Florenzia ... ..	5	
Día 1.º	Febrero 1807 salí de Florenzia para Roma, pasando por las ciudades de Siena, Viterbo, y Castiglione, atravesando el Apenino y el Tíber ... ..	60	

A principio de abril de 1807 tuve aviso de que mi Regimiento era uno de los nombrados para pasar al norte, con el Excelentísimo Sr. Marqués de la Romana, por lo que salí de Roma el 2 del referido mes, escogiendo para mi viaje la costa del mar Adriático, a fin de ver la gran cascada de Terny y las ciudades de Spoleto, Terny, Asís, Perugia, Arezo, como igualmente el tan celebrado Lacio y lago de Trasimeno, con el famoso templo de Loreto ... .. 80

22 de abril de 1807 salí con el Regimiento de Infantería de Guadalaxara de la ciudad de Florenzia, en medio de un inmenso concurso de gentes y con un sentimiento general de todos los españoles.

Días	Pueblos	Leguas	Reynos
	Su primer tránsito fué al pueblo de Barberino... ..	6	
Día 23.	— Pasage del Apenino, vista de un antiguo volcán y tránsito en Lojano ... ..	6 $\frac{1}{2}$	
Día 24.	— Descendimiento del Apenino y llegada a la ciudad de Bolonia	5 $\frac{1}{2}$	
Día 25.	— Módena ... ..	6	
Día 26.	— Descanso.		
Día 27.	— Carpy . . . . .	4	
Día 28.	— San Benedetto ... ..	5 $\frac{1}{2}$	
Día 29.	— Pasage del Po y llegada a Mantua ... ..	5	
Día 30.	— Descanso.		
Día 1	de mayo 1807. — Casetlunovo ...	6	
Día 2.	— Pasage del río Adige; entrada en el Tirol, donde empiezan los Alpes; aloxamiento en Dolze... ..	4 $\frac{1}{2}$	
Día 3.	— Ala ... ..	4	
Día 4.	— Roveredo . . . . .	3	
Día 5.	— Trento. . . . .	4	
Día 6.	— Descanso.		
Día 7.	— San Miguel ... ..	4	
Día 8.	— Neumark . . . . .	3	
Día 9.	— Brichsen . . . . .	4	
Día 10.	— Descanso.		
Día 11.	— Botzen. . . . .	4	
Día 12.	— Descanso.		
Día 13.	— Stersinga . . . . .	5	
Día 14.	— Steignag . . . . .	5	
Día 15.	— Inspruck . . . . .	5 $\frac{1}{2}$	
Día 16.	— Descanso.		
Día 17.	— Pasage del río Ins, aloxamiento en Seefeld ... ..	5 $\frac{1}{2}$	
Día 18.	— Parlenkirk ... ..	6	
Día 19.	— Veilheim . . . . .	7	
Día 20.	— Landsberk... ..	6	
Día 21.	— Ausbourg. . . . .	6	
Día 22.	— Descanso.		
Día 23.	— Nieuborg . . . . .	9 $\frac{1}{2}$	

Días	Pueblos	Leguas	Reynos
Día 24.	— Pasage del Danubio y aloxamiento en Ayestet. ....		
Día 25.	— Weysemborg .....	5	
Día 26.	— Swabak .....	6	
Día 27.	— Nienbourg o Miramberg .....	4	
Día 28.	— Descanso.		
Día 29.	— Forchein .....	6	Prusia
Día 30.	— Bamberg .....	5	Sajonia
Día 31.	— Glansep .....	6	
Día 1 junio 1807.	— Coburg .....	4	Ducado
Día 2.	— Hildsburghausen. ....	5	Ducado
Día 3.	— Meyningen .....	4	Ducado
Día 4.	— Descanso.		
Día 5.	— Scham-Kalden .....	5	Sajonia
Día 6.	— Gottha. ....	7	Ducado
Día 7.	— Milhausen .....	8	Sajonia
Día 8.	— Heligenstor .....	6	
Día 9.	— Gottingue. ....	5 $\frac{1}{2}$	
Día 10.	— Limberg... ..	6 $\frac{1}{2}$	
Día 11.	— Bruggan... ..	5 $\frac{1}{2}$	
Día 12.	— Hannover.. ..	7	
Día 13.	— Descanso.		
Día 14.	— Neustack... ..	5	
Día 15.	— Nemborg... ..	5	
Día 23.	— Hessel. ....	6 $\frac{1}{2}$	
Día 24.	— Celle .....	6 $\frac{1}{2}$	
Día 6 de julio de 1807	— Echede .....	5 $\frac{1}{2}$	
Día 7.	— Luneburg-Custorff .....	7	
Día 8.	— Lunebourg .....	6 $\frac{1}{2}$	Ducado
Día 11.	— Boitzembourg.. ..	7	de Meglemburg
Día 12.	— Witemborg .....	7	
Día 13.	— Schewerin .....	6 $\frac{1}{2}$	
Día 14.	— Sitnbourg. ....	7	
Día 15.	— Gustrow .....	6	
Día 18.	— Teterow .....	6	
Día 19.	— Neukilden. ....	7	
Día 20.	— Demmin... ..	5	
Día 21.	— Fransbourg .....	8	Pomerania Sueca
Día 22.	— Baruh.. ..	5	
Día 24.	— Absajen .....	3	

Día 8 de agosto de 1807.

En este día los regimientos españoles de Guadalajara, primero de voluntarios de Cataluña y Villaviciosa, fueron incorporados al ejército francés de 70.000 hombres que sitiaba la plaza de Stralsund. El Rey de Suecia la defendía en persona. Esta circunstancia junto con la fuerza de la guarnición y su localidad hacían el sitio difícil. El 15 de agosto 26.000 hombres abrieron la trinchera, operación difícil y arriesgada en la cual tuve el honor de mandar los 600 españoles que se emplearon dejando el nombre bien puesto, como fué bien público. Viéndose el Rey tan estrechado no quiso aguantar más y contra todas las reglas del arte abandonó la plaza el 18 del mismo mes. Enseguida fuimos destinados al ejército del Elba, y con este motivo a unirnos con nuestro general el Marqués de la Romana, el cual había ya llegado con varios regimientos a Hamburgo. Salimos del campo el

Días	Pueblos	Leguas	Reynos
Día 18. —	A Rebnitz...	3	
Día 19. —	Rostock ...	6	Ducado de
Día 20. —	Schivan ...	4	Meglemburg
Día 21. —	Wisnar ...	10	
Día 22. —	Ratzeburg ...	10	
Día 23. —	Molle... ..	3	
Día 24. —	Bergedorff ...	8	Pertenece a Hamburgo y Lubeck

Este pueblo está a cuatro leguas de Hamburgo, donde quedamos de quartel hasta el 20 diciembre; que tuvimos orden para pasar el Elba y ocupar parte del país de Hannover y el pequeño lugar de Patersen ... .. 4

Día 4. — Febrero de 1808, tuvimos orden de volver a ocupar el punto de Bergedorf ... .. 4

Día 4. — Marzo, tuvimos orden de ir a guarnecer la plaza de Hamburgo ... .. 4 Hannover

Día 15. — Marzo, salió el ejército español al mando del Marqués de la Romana para la expedición que se proyectó contra Suecia, debiendo antes ocupar la tie-

Días	Pueblos	Leguas	Reynos
	rra firme y las Islas de Dinamarca. El primer tránsito fué		
	Elemshorm...	8	Holstein
Día 16.	— Ytzhoe ...	8½	Pertenece a
Día 17.	— Hohemwertd. ...	6	Dinamarca
Día 18.	— Ransburg ...	7½	a Prov. de
Día 19.	— Sehlswig ...	8	Sehlswig
Día 20.	— Flansbourg ...	7½	
Día 21.	— Appenrada ...	8	
Día 22.	— Fladesleben..	7½	
Día 23.	— Somerstedt...	6½	
Día 24.	— Higom ...	5	
En este pueblo estuvimos acantonados hasta el 8 de abril de dicho año 1808 que recibimos la orden para pasar a Jutlandia. El primer tránsito fué :			
	Weim..	6	
Día 9.	— Wonzit ...	8	
Día 10.	— Gresl..	9	Prov. de
Día 11.	— Sarrup ...	8	Jutlandia
Día 12.	— Tepstrup..	1	
Estuvimos acantonados hasta el 8 de mayo, que recibimos orden para pasar a las Islas de Dinamarca. Primer tránsito fué :			
	Olstedt ...	9	
Día 9.	— Antrup ...	5	
Día 10.	— Pasage del pequeño Belt, cuyo ancho será de una legua por la parte, donde lo pasamos ; en seguida continuamos la marcha hasta el lugar de		
	Rowffedt..	10	
Día 11.	— Willestolte ...	9	Isla de Feonia
Día 12.	— Klaiskow ...	4	
Día 20.	— En este día recibimos orden que, supuesto que la vigilancia de los ingleses hacía del todo imposible el paso del Gran Belt, donde el Regimiento debía pasar, que se verificase el paso por las islas pequeñas hasta la de Langeland, en donde sería más fácil verificar el pasage en pequeñas lanchas. Por lo que salimos de Klaiskow y pasamos a		
	Swandlorg...	9	Feonia
Día 28.	— Nos embarcamos y pasamos a la isla de Tasaing, y nos alojamos en Brigonig ...	3	Isla de Tasaing

Días	Pueblos	Leguas	Reynos
Día 10 de junio	pasamos a la isla de Langeland, y nos alojamos en Rusquiobing... .. 5 Isla de		
Día 6. —	Kirke ... ..	3	Langeland
Día 8. —	A las ocho de la noche me embarqué en una pequeña lancha para pasar el Gran Belt. El viento era contrario y fuerte, las lanchas eran sumamente endebles e inútiles, tanto que de día estaban debaxo de los árboles de un bosque a fin de ocultarlas a los ingleses, cerca de los cuales pasamos a las doce de la noche. Desembarqué en la isla de Laalandt i me aloxé en el pueblo de Nakov. ... .. 6 ½ Isla de Laalandt		
Día 11. —	Maxiobué. ... ..	7	
Día 12. —	En este día me embarqué y pasé a la isla de Falaten, y me aloxé en Mekiobing ... .. 7 Isla de Falsten		
Día 13. —	Me embarqué para pasar a la isla de Zeelandia, y me aloxé en Wordingborg. ... .. 6 ½ Isla de		
Día 14. —	Faxsé. ... ..	6	Zeelandia
Día 15. —	Caseros de Bichfwerkov... .. 7		
Día 16. —	Castillo de Linholm ... .. 7		

Al segundo día de haber llegado a este palacio tuve proporción para satisfacer la curiosidad que tenía de ver Copenhague y Alsimbourg, cuyo viage verifiqué en 6 días ... 40 Zeelandia

Habiéndose reunido en dicha isla de Zeelandia los regimientos Guadalaxara y Asturias bajo el mando del general francés Brion y éste bajo la orden del Marqués de la Romana, que quedó en la isla de Feonia, todos bajo el mando del mariscal príncipe de Pontecorvo, que con el Ejército Francés que quedó en Holstein, el Rey de Dinamarca dispuso que los 6 batallones españoles acampasen los meses de julio y agosto en las inmediaciones de Roskilden, cuyo campamento más bien era un campo de diversión para la familia real y la corte que un campo militar. Exercicios, juegos, banquetes y bailes era lo que regularmente se hallaba en el campo español. En esta misma época que los españoles hacían sus esfuerzos para romper las cadenas que los enemigos intentaban ponerles, nosotros nada sabíamos; los papeles franceses presentaban los ánimos de los españoles como deseosos de recibir el yugo. A pesar de todo, nuestros ánimos estaban cada vez más inquietos. Como menos noticias teníamos de España, más le aumentaba la efervescencia en todos los espíritus. En este estado de inquietud se recibió la orden del Marqués de la Romana para que los dos regimientos jurasen como Rey de España a Joseph Bonaparte. La orden fué dada el 31 de julio a las doce del

día. A las tres de la tarde todas las tropas toman las armas, atacan al palacio del General, huye éste y quedan muertos sus dos edecanes únicos franceses que se hallaban con nosotros. Noticioso el Rey de este movimiento, se rompe la generala en Copenhague y sale el Rey con 10.000 hombres y con artillería a una legua de la ciudad para recibir a los españoles, creyendo que se dirigían a la capital. Entorado el Rey de la verdadera causa que levantó los espíritus, envía el 1.º de agosto un edecán a manifestar a las tropas que quedaban baxo su inmediata protección y que desde luego daba su real palabra de que no se juraría a Joseph Bonaparte; cesa al momento el disgusto y empiezan los aplausos al Rey y a todos los daneses. Nuestro campo se llenó de gentes de todas condiciones y renueva la alegría, aunque con algún escozor, pues los hombres que reflexionaban no veían en ese Rey más que un satélite de la tiranía.

El 2 se dió orden para levantar el campo y dividir los batallones a diferentes puntos al norte de la isla, cuyo reparto fué verificado el 3. A la división de batallones siguió el de las compañías que se hallaban esparramadas a larga distancia. Mi destino fué el palacio de Kresenburg. En este estado estuvimos hasta el 11, ignorando las noticias aun de la isla de Feonia, donde se hallaba nuestro general, temiendo siempre verlo arribar y hacer grandes castigos por los acontecimientos del 31 de julio por no aver obedecido sus órdenes; cuando el 11, muy temprano, recibimos órdenes para reunir el batallón y conducirlo a cierto punto que se nos indicaba a fin de pasar una revista por Su Majestad. Se obedeció al momento y sin la más mínima sospecha; llegamos al parage señalado, donde hallamos 5 ó 6 mil hombres de infantería, número correspondiente de caballería, con artillería. Formamos el batallón en batalla y enseguida nos intima el Principe de Hesse, general al servicio de Dinamarca, que de orden del Rey rindiésemos las armas.

Esta novedad nos aterró, y preguntamos qué causa o delito podía ponernos en semejante estado, y se nos respondió que Su Majestad estaba en justo derecho de represalias, pues el Marqués de la Romana avía entregado a los enemigos del Rey la Isla de Feonia, y él con su ejército se avía entregado igualmente, pero que Su Majestad, en consideración a que nosotros no teníamos parte en tan gran crimen, prometía seríamos tratados con la mayor consideración. Con toda esta palabra nos hacen subir a los carros y nos conducen a la villa de Risted, conduciendo a la tropa al Arsenal de Copenhage.

Por medio de algunos paisanos supimos que, efectivamente, el Marqués de la Romana avía tomado la heroica resolución de valerse de las fuerzas británicas para volver con su ejército a España, y que

avía pasado a la isla de Langeland, en donde estaba con seguridad, la qual no tenía en la isla de Feonia ; pues quando los últimos españoles salían de Nieborg, ya el ejército francés de Holstein avía llegado en posta y pasaba el pequeño Belt con la resolución de batir a muerte a los españoles ; pero la Romana burló su diligencia pasándose a la isla de Langeland. En este tiempo nosotros aun conservábamos alguna esperanza de mejorar nuestra suerte, ya entregándonos el Rey a la Romana o ya éste acompañado de los ingleses intentando un desembarco en la isla de Zeelandia ; todas estas quimeras se desvanecieron cuando supimos que la esquadra se avía echo a la vela abandonándonos a nuestra suerte.

Apenas el convoy avía pasado, el governador danés tomó disposiciones para entregarnos a los franceses, deseosos de vengar las muertes de Roskilde y la huída de nuestro general en nosotros, que bien conocimos ser un golpe mortal esta entrega, pero a la fuerza y violencia nadie puede resistir.

El 4 de septiembre de 1808 nos pusimos en marcha para pasar el gran Belt ; llegamos a Cosxzoco al anochecer, donde pensábamos pasar la noche, pero enseguida nos embarcan con la mayor violencia, nos meten debajo escotilla y clavan ésta como se hace cuando un barco va cargado de gente destinada o sentenciada a las galeras. El buque que nos conducía iba escoltado por dos lanchas cañoneras con orden de echarlo a pique en caso de la menor resistencia de nuestra parte o de intentar los ingleses libertarnos.

Viajando día y noche llegamos el 7 a Colbing, donde nos esperaban los franceses, cuyo recibimiento fué meternos en la cárcel pública después de habernos dado la agradable noticia de que en Altona seríamos quintados para ser pasados por las armas, por ser todos nosotros unos asesinos y revoltosos, noticia que, a la verdad, no nos dió el mayor placer. De iglesia en iglesia y de cárcel en cárcel, rodeados siempre de una fuerza armada, diez veces superior a los individuos que éramos, llegamos a Hamburgo y Altona. Como habíamos estado allí tanto tiempo, el pueblo se enterneció, en términos que costamos muchas lágrimas a aquella generosa ciudad, antes morada bien deliciosa del Ejército Español. Con el mismo aparato que entramos, salimos para pasar el Elba y seguir el camino de Francia. Antes supimos que el Príncipe de Pontecorvo nos había perdonado los hechos del 31 de julio en el campo de Roskilde, pero que no quería vernos ni aliviarnos en nuestra prisión ni menos permitir que ninguno de nuestros conocidos o conocidas nos hablasen.

(De Roskilde a Altona 110 leguas.)

El día 18, escoltados de dos Compañías, salimos, como salen los presidiarios al trabajo, de la cárcel de Altona para ir en seguida a Francia, por supuesto, tambores batientes, para que ningún género de ignominia faltase y saliesen a vernos todo el mundo. Al llegar a Harbrig hallamos que un edecán del príncipe de Pontecorvo nos da una cierta libertad que todavía no conocíamos. Supimos era pues orden del Príncipe, pero que no quería que se supiese.

El 7 de octubre llegamos a Maguncia (90 leguas), en donde fuimos otra vez encerrados, pues el beneficio del Príncipe no alcanzaba más que hasta el Rhin; y en este magnífico río fué sepultada nuestra aparente libertad. Por orden de Kellerman salimos de Maguncia escoltados por gendarmes hasta Dijon (140 leguas), donde llegamos el 20, andando casi sin parar. En esta ciudad hallamos orden de pasar a Sedan (70 leguas), a cuya ciudad llegamos el 31 del mismo mes. En su negra y derrocada ciudadela se reunieron todos los oficiales que la suerte hizo quedar en Dinamarca. El Gobernador del fuerte era un grandísimo ladrón, pues jamás he visto hombre que se valiese de tales vilezas para robar a unos infelices prisioneros. Nos libramos de sus rapiñas con la orden que vino de separarnos a diferentes castillos y fuertes del imperio. Yo, cansado de andar y mi salud física y moral bastante decaída, busqué medio para ir al castillo de Boullon (3 leguas), donde llegué con diez oficiales el 3 de noviembre de 1808. En este derrocado fuerte, antigua morada del jefe de la primera cruzada, fuimos encerrados muy lindamente. El gobernador decía que era *ancien noble* y que se compadecía de los desgraciados. Yo lo tuve siempre por un moderno hipócrita, incapaz de tener compasión sino a aquellos que podían suministrarle dinero. Como nosotros no teníamos mucho, debíamos esperar hallar poco lugar en su alma cándida. Sin embargo, yo no puedo quejarme de su generosidad: mediante ciertas pesetas que yo daba al cantinero y éste a él, me permitía leer y tener libros y alguna vez me solía dejar por cortos momentos alguna Gazeta, cosa que la deseaba mucho en extremo, para ver si podíamos saber alguna noticia de nuestra desgraciada Patria, pero jamás veíamos otra cosa que reveses y desastres. A menudo el señor Gobernador nos instigaba para que jurásemos a Joseph Bonaparte, manifestándonos que esta resistencia avía ocasionado nuestra desgracia. Nosotros resistíamos a esta solicitud, pretextando que unos hombres encerrados son lo mismo que muertos, y que tendríamos lugar de jurar cuando estariamos en España.

El 6 de febrero de 1809 se presenta en el castillo un oficial de gendarmes, me agarra a mi gobernador y, sin darle tiempo de ponerse la peluca, lo mete dentro del coche y lo envía a París, y enseguida

nos destina a pasar a Flandes, a la pequeña plaza de Avevnes, donde llegamos el 10. (33 leguas.)

El Gobernador también era *ancien noble*, pero sus hechos no lo desmentían. Tuvimos un fuerte por prisión y muy a menudo sus visitas, aconsejándonos siempre el juramento, asegurándonos que el Consejo de Castilla, los cuerpos civiles y militares del Reyno ya lo habían prestado; que Zaragoza, último esfuerzo del valor español, avía ya capitulado y que por consiguiente todo estaba en pacífica calma. Nosotros lo oíamos, callábamos, y nos dexaba hasta quando le parecía tiempo de volver a la carga, que no tardaba mucho, pues, contra el carácter francés, era el tal señor pesado como un plomo.

A mediados de marzo nos encontramos todos los oficiales (excepto el coronel) con un oficio del general Kindelan que decía: «Que habiendo su majestad el Emperador decretado en 11 de enero en San Martín, delante de Madrid, la formación del Regimiento Joseph Napoleón, de los dos de Guadalaxara y Asturias; por lo que S. E. el Sr. Ministro de la Guerra, en nombre de Su Majestad, nos avía nombrado para el empleo que antes teníamos, cuyos despachos se nos enviarían inmediatamente.» Este oficio decía igualmente que el lugar de la formación debía ser la ciudad de Aviñón, y en quanto se hallase formada pasaríamos a España, nuestra patria. Nadie dudó un momento en admitir que nada nos podía lisongear más que hallar un camino para ir a España que, en llegando a ella, cada uno sabría el camino que debía seguir. Nuestro viejo gobernador no dexó de ponernos en libertad, y su ayudante nos honraba con su compañía, enseñándonos las mejores tabernas que había fuera de la ciudad, en donde iba a humedecer su boca, siempre seca por lo mucho que hablaba.

A últimos de marzo el Gobernador me llama y me hace ver una orden del Ministerio de la Guerra en donde mandaba que inmediatamente me proporcionara medios para ir en posta a París. Me sorprendió al momento semejante novedad; recorrí mi memoria y yo no podía acordarme que hubiese hecho ni dicho cosa alguna en particular en Bouillon. Sin embargo, estaba incomodadísimo pues en estos laucos la imaginación forma fantasmas de cosas que no merecen la pena. El Gobernador de Buillon fué enviado a París para ser juzgado porque daba cierta libertad a varios reos de estado, y entre estos se hallaba un joven llamado Herman Polignac, con el que yo tenía alguna amistad, pero ésta era nacida del favor que me hacían de dejarme libros, sin que jamás nos metiéramos en asuntos políticos, de lo que tuve buen cuidado en tanto me vi sin libertad y empecé a experimentar la dureza de la tiránica opresión. Mi gobernador no

perdió un momento, me hizo salir el mismo día; el ver que me iba baxo mi palabra me daba alguna confianza.

Llegué a París y enseguida me presenté a don Juan Kindelan, el que me dijo que me había llamado junto a otros cuatro, pero que avíamos hecho un viaje en balde respecto a que todos debíamos pasar a Aviñón a la formación del anunciado Regimiento, pero que esta ocasión nos proporcionaría ver aquel pueblo, que si algo se le ofrecía ya nos llamaría. De quando en quando nos presentábamos, y su conversación se reducía a saber si Fernando, era joven, petimetre, alto, flaco, con otras insulseces por esta naturaleza. Al cabo de algunos días le insinuamos que nosotros no teníamos dinero para poder vivir, que a pesar de tener la mayor economía gastábamos lo que no teníamos. La respuesta fué que tuviéramos paciencia, que ya pediría al señor Ministro que nos enviara a nuestros depósitos. Este día no llegaba, por lo que pusimos un papel al Ministro suplicándole la gracia de permitirnos volver a nuestras prisiones, en donde nos daban el sueldo de prisionero con el que sobrevivíamos, pues de lo contrario quedábamos expuestos a la mayor indigencia. Nuestras exposiciones interesaron mucho a don Juan Kindelan, pues no fué capaz de ofrecernos el más mínimo auxilio, siendo así que estaba lleno de dinero. ¡ Tanto puede la avaricia en los hombres! Por fin logramos irnos a nuestros depósitos, aunque distintos de los que antes teníamos. El mío fué Lila (60 leguas) en donde estuve hasta recibir orden para ir a Aviñón, que fué a mediados de julio, lo que verifiqué inmediatamente (270 leguas).

En este destino nos juntamos todos los oficiales de Guadalajara y Asturias, que todos poco más o menos avían tenido igual suerte desde que nos separamos en Sedán, en Aviñón nos era fácil saber algunas noticias. Veíamos que los asuntos de nuestra Patria no estaban concluídos como nos habían hecho creer, pasábamos nuestros disgustos y cavilaciones como podíamos. Mucho nos animó la orden que vimos impresa en los papeles públicos de ir quanto antes a España. Esta noticia fué demasiado celebrada en los cafés y fondas de Aviñón, en donde los humos del líquido dejarían escapar alguna expresión que nos perjudicaron, como se vió bien pronto, pues en vez de venir la orden para España, vino para que un batallón fuese a Dalmacia y otro a Flandes. Éste fué un golpe verdaderamente mortal; lo que dió lugar a la revocación de la orden, no se sabe, sólo sé que Bonaparte dijo a Kindelan en Paris: «El Regimiento Español me hubiera dejado las vanderas solas en las cumbres del Pirineo», y en verdad que no se engañaba.

Nuestra marcha se verificó inmediatamente. A mi batallón le

tocó la ciudad de Amberes, en Flandes, en donde fuimos destinados a los trabajos de las fortificaciones, y donde los soldados, trabajando medianamente, ganaban una razonable cantidad. En Amberes aun conservan sus habitantes una decidida inclinación a los españoles, a pesar de haberles éstos causado tantos males, por lo que con facilidad teníamos noticias de nuestra Patria y que cada día había más confianza en la opinión pública contra los opresores del género humano. Los oficiales solíamos juntarnos, pero con mucho sigilo, en donde nos lamentábamos de nuestra infeliz suerte, pues nos veíamos sin recursos, engañados, desterrados de nuestra cara Patria y obligados a servir al tirano que tan injustamente la oprimía.

En 1.º de mayo de 1811 tuvimos orden de pasar a Holanda, con destino a la ciudad de Nimega, lo que verificamos. En esta ciudad pasamos el tiempo haciendo ejercicio a fin de ir a la revista general que se debía pasar en los campos de Arech, donde fuimos el 19 de diciembre. En este tiempo llegó el Emperador y se verificó la tan decantada revista el 28 del otro mes. Se juntaron 30 batallones en medio de los cuales se hallaban los dos españoles. En este día, y sobre el mismo campo, me hizo el Emperador Comandante de Batallón por ser el más antiguo, y enseguida se recibió orden para pasar a las costas del Báltico y a la ciudad de Rostock (300 leguas) en donde encontramos la segunda división del primer cuerpo a las órdenes del Mariscal príncipe de Egmulk. A los españoles nos mandaron hacer parte de la segunda división mandada por el general Friant, el cual en 26 enero de 1812 recibió orden para invadir con su división la Pomerania Sueca, cuya operación se hizo sin declaración de guerra ni tirar ni un tiro. La perfidia y el engaño, armas favoritas de los franceses, lo hicieron todo. Baxo el pretexto de pasar a ocupar ciertos territorios prusianos ocupamos a Stralsund y la isla de Rugen, y enseguida con el descaro más revoltante hicieron prisioneros a dos regimientos suecos y a todas las autoridades de la ciudad, llevando siempre el engaño por delante, como acostumbraban.

Dos veces me ha destinado la suerte a ser uno de los opresores de Stralsund, antiguo teatro de mis glorias, por las cuales el Marqués de la Romana me aseguró el grado de Teniente Coronel y aun contribuyó este mérito a proponerme para Sargento Mayor quarenta días antes de nuestra prisión de Zeelandia, cuya propuesta debió llegar a España en ocasión bien poco oportuna para hacer gracias. Si el primero sitio me proporcionó algun honor, el segundo no me daba ninguno, por lo que todo el tiempo que estuve en Stralsund lo pasé en casa de mi estimada patrona, madama Armestky entretenido en escribir un diario con alguna extensión de cuanto habia visto

hasta aquella época, del cual tenía ya más de 300 hojas escritas cuando tuvimos orden para pasar a Prusia y yo de ir a la ciudad de Berlín (75 leguas), donde pude satisfacer la curiosidad de ver la ciudad que dió el ser al Gran Federico. De Berlín salí para hallar mi Regimiento en Neuwarp (64 leguas).

En este pueblo me hallé de Comandante de él, y de veinte pequeñas poblaciones durante cuarenta días. En este intermedio se iba reuniendo el inmenso ejército que debía entrar en Polonia y atacar el imperio Ruso. El día que llegó la orden para mi marcha los habitantes de Neuwarp tuvieron la bondad de obsequiarme con un brillante refresco y baile; manifestaron quedar satisfechos de su interino Gobernador. Yo hice cuanto me fué posible para manifestar que era español, en medio de los ejércitos franceses, y que odiaba el robo y la villanía en medio de unas legiones de ladrones y perturbadores del sosiego humano.

El 29 de marzo de 1812 salí con mi batallón de Neuwarp para Danzick, pasando el Oder por la plaza de Stettin y costeano el Báltico en toda la extensión de toda la Pomerania Prusiana, llegando al destino el 13 de abril de 1812.

El 24 de mayo 1812 salió la segunda división del primer cuerpo, compuesta de 17.000 hombres, con dirección a la ciudad de Elbing, pasando el Vístula por las ciudades de Divshan y Mariemburgo. A la llegada a Elbing el ejército no se detuvo; siguió la marcha a la ciudad de Bransberg, donde llegó el primero de junio de otro año (38 leguas).

Todos los preparativos eran de guerra, el estruendo de ésta sonaba por todas partes. A pesar de transitar por un país amigo, a nuestro paso quedaban asolados aquellos hermosos campos, las casas que se hallaban a nuestro paso eran robadas. Las ciudades o grandes poblaciones solían librarse de esta fatalidad, lo que no debe atribuirse a la moderación de las tropas y sí a la fuerza que podían estos grandes pueblos oponer a los infames desórdenes de este ejército foragido.

El 9 de junio de 1812 empezó a vivaquear el ejército. *Vivaque* quiere decir el lugar donde el ejército pasa la noche, voz equivalente a *acampar*. De la primera me serviré muchas veces en este discurso de la desastrosa guerra que voy a referir, o más bien a dar una muy corta idea. Sin interrupción marchó el ejército atravesando la Prusia Oriental, pasando por las ciudades de Gumbienen, a la vista de Konisberg, y llegando el 24 de junio a las dos de la mañana a las alturas que dominan el Niemen (90 leguas).

Al amanecer de este día se ofreció un espectáculo bien imponente. En este punto se habían reunido por diferentes caminos y direcciones

todos los ejércitos franceses, los cuales ascendían a 300.000 hombres, 100.000 caballos, mil quinientas piezas de artillería con un incalculable tren de repuesto.

El día amaneció de los más hermosos ; la vista y la imaginación quedaba asombrada en mirando y considerando aquella multitud de hombres y caballos formados en columnas cerradas por aquellos espaciosos campos con un silencio y orden que admiraba. Sobre el Niemen había tres puentes, por el uno pasaba la infantería, por otro la caballería y por el tercero la artillería y el bagaje. A la otra parte del río empezaba el territorio ruso. Los campos y bosques parecía que causaban horror y tristeza ; no se veía ni un habitante ni un animal : todos habían huído internándose en los espesos bosques para evitar el primer choque de tan imponente multitud, furiosa de deseos de verse a la otra parte del río para entregarse a los horrores del saqueo, incendios, robos y en fin al exterminio del género humano.

Mi batallón pasó el memorable puente y río a las 8 y media de la mañana, y enseguida se fué poniendo el ejército en marcha con dirección a la ciudad de Konngk ; y seguidamente con marchas forzadas hacia Wilna, capital de la Lituania. La caballería iba a la vanguardia mandada por el Rey de Nápoles (Murat) ; éste llegó delante de esta ciudad el 30 de junio de 1812. Los rusos eran en muy corto número ; en cuanto tuvieron noticia cierta de la proximidad del ejército francés, abandonaron la ciudad, incendiando los grandes y copiosos almacenes que habían formado, de los cuales nada pudieron aprovechar los franceses. El incendio del puente sobre la Willia detuvo dos días al ejército francés.

En esta ocasión salió un manifiesto el más singular ; decía entre otras cosas : «Que el ejército francés había tomado las armas contra los rusos, tiranos opresores de la Polonia, con el fin de reintegrar a ésta en sus derechos y libertad ; que los habitantes de la Lituania debían considerar al ejército francés como sus libertadores y la fuerza que debía romper sus cadenas con que los bárbaros rusos los habían hecho tanto tiempo esclavizado». Qualquiera que leyese este manifiesto y viese que las cosas y pueblos quedaban saqueados, muertos los ganados, talados los campos y por último que el Emperador francés que daba el manifiesto era el mismo que avía dado permiso para robar a sus soldados (tanto que desde el momento de la entrada en territorio ruso cesaban las pagas y las raciones ; por consiguiente generales, oficiales y soldados habían de robar para subsistir), no podía menos de reírse de tal manifiesto.

Esta libertad de robar fué el cimiento sobre el cual se levantó el más grande de los desórdenes que jamás se hayan visto en ejército

alguno, pues el soldado abandonaba sus filas para ir a saquear las casas y aldeas de las inmediaciones del camino por donde pasaba el ejército. Éste hacía marchas sumamente rápidas y largas; por consiguiente, el soldado que se separaba ya no podía volverse a unir, aun cuando su voluntad fuese seguir sus banderas. La imposibilidad de alcanzar a éstas le hacía adaptar un género de vida el más raro, que era juntarse en partidas, yendo robando los pueblos; hasta que éstos se reunieron entre sí para defender sus propiedades; atacaban a los bandidos, éstos se defendían y resultaba un género de guerra enteramente independiente de la que hacía el grueso del ejército. Esta guerra de ladrones, merodeadores, costó 70.000 hombres al ejército.

A últimos de junio de 1812 la vanguardia del ejército, al mando del Rey de Nápoles, se puso en marcha. Era compuesta de 40.000 hombres y 25.000 caballos, con la artillería correspondiente. Este ejército emprendió la marcha con dirección a la Dunna, sin llevar camino derecho. El camino que un día se adelantaba, se perdía otro. Penetramos por inmensos bosques, pantanos y lagos; después de 25 días de las más excesivas fatigas, llegamos delante de Duddnabruk, pueblo situado a la otra parte de la Dunna. Los rusos todavía no se habían visto, únicamente unas cortas partidas que constantemente huían delante del ejército. Éste estaba sumamente disminuído; la disentería había hecho bastantes estragos; el soldado que tenía la desgracia de no poder seguir, quedaba debajo de un árbol y el mal y el hambre daban fin a su existencia, a cuyos dos terribles males, los paisanos solían añadir el golpe de gracia que era dar fin a cuanto quedaba detrás del ejército. Por lo que ya nadie quedaba atrás: seguían hasta caer muertos entre las filas.

A las orillas de la Dunna estuvo el ejército algunos días indagando noticias de los rusos, y éstos no aparecían en parte alguna. El ejército siguió la marcha costeano la Dunna hacia su nacimiento. Al paso tomó la ciudad de Polosk y siguió la dirección a la de Witepks (360 leguas), donde llegó el 24 de julio de 1812. Por fin, después de 40 días de ir en seguimiento de los rusos, marchando de día y de noche, matando los hombres y caballos de fatiga, dimos por fin con estos señores a diez leguas de la ciudad de Witepks. El 24, 25 y 26 hubo sangrientos combates, cuyo resultado fué replegarse los rusos sobre la ciudad, a la cual apoyaban su derecha y la izquierda en unos grandes bosques y barrancos. Su frente de batalla estaba cubierto por un río que, aunque no era enteramente impracticable, sus orillas eran sumamente difíciles.

Esta hermosa posición hacía creer que iban a arriesgar una acción general. Al ponerse el sol del día 29 todo el ejército francés

estubo reunido delante de la línea del ruso ; se esperaba con impaciencia la venida del 30 ; cuando éste amaneció vimos que los rusos se habían dado la retirada. Inmediatamente el ejército fué en seguimiento del ruso, que, dividiendo sus fuerzas, parte siguió el camino de Petersburg y parte el de Moskow. El ejército francés tomó el primer camino ; a 5 leguas nuestra vanguardia dió con su retaguardia ; hubo continuado cañoneo que hacía más ruido que estragos ; vivaqueamos a una corta distancia. Los rusos empezaron su retirada a media noche y el ejército francés no siguió el movimiento como era natural. Esto dió algo que pensar, y más quando llegó la orden de retirarnos a las inmediaciones de Witepks, donde estuvimos 9 días.

Esta especie de descanso en ocasión que teníamos los rusos delante de nosotros, nos hizo consentir que los rumores de paz podrían tener alguna realidad ; la que fué desvanecida con la orden de poner el Ejército en movimiento el 8 de agosto de 1812, cuya marcha fué algún tanto retrogada sobre el flanco derecho. No se tardó mucho en reconocer la intención de los franceses, que era seguir la dirección de Moskow, y sobre todo atacar la plaza de Smolensk, verificando el paso del Nieper en caso de que los rusos no tratasen de defender este importante río.

El 14 de agosto el Ejército francés llegó al Nieper, cuyo río avían pasado y abandonado los rusos, por lo que el Ejército francés pasó sin ninguna dificultad ; y enseguida emprendió la marcha a la ciudad de Smolensk, cuya vanguardia llegó el día 17 ó 18, la cual tuvo un fuerte combate que costó mucha sangre a ambos partidos.

No me hallé en este combate, fuí testigo de él a muy corta distancia ; fué dado de noche aunque empezó con luz de día. Cesó a las once y media y estoy bien persuadido que fué a falta de combatientes, pues las dos divisiones francesas que estuvieron en la acción quedaron libres de entrar en otra. Los franceses perdieron 11.000 hombres ; los rusos no perderían menos, pues fué igual la obstinación en ambos partidos.

El 20 de agosto el ejército siguió el camino de Moskow, repassando el Nieper el 21, sin ninguna oposición de parte de los rusos. El 22 se tomó la ciudad de Dorogobusk, que fué entregada a las llamas ; igual suerte tuvo la de Wiasma y Dicks y una gran cantidad de pequeños pueblos, situados a derecha e izquierda del camino ; igualmente cuanta casa de campo, y por fin cuanto podía servir para albergar al hombre era convertido en ceniza.

El día 5 de septiembre, hallándome a la vanguardia, ví al ejército ruso formado en batalla, al parecer resuelto a dar una acción

general ; tenía a su frente una línea de reductos ; uno de éstos que cubría su izquierda, se avanzaba algún tanto de la línea sobre el campo. El Emperador lo manda atacar ; la resistencia que se halló fué obstinada ; sin embargo, a las 11 de la noche fué tomado costando 8.000 hombres a los franceses y ciertamente no costaría menos a los rusos. Mientras duraba este sangriento choque, mi batallón formado en cuadro sostenía avanzado el combate, cuando a las 9 y media fué atacado por un grueso de caballería que por el orden regular debía ser roto y deshecho, y tuvo tanta fortuna que una descarga hace retroceder toda esta caballería que sin duda a beneficio de la noche nos creyó más fuertes que lo que éramos. ¡Qué bella situación ésta para haberse pasado al ejército ruso hasta con las vanderas ! Los dos batallones españoles fueron avanzados del Ejército francés, y no me queda ninguna duda que fuimos puestos en el más evidente riesgo para que fuésemos exterminados. Si nosotros hubiésemos tenido la más remota idea de que podíamos ser acogidos de los rusos, nos podríamos haber pasado sin ningún riesgo, y quizás hubiéramos podido hacer aquella noche misma muy interesantes servicios a los rusos, pues éstos ignoraban la circunstancia de que el Ejército francés no avía llegado, ni podía llegar la mitad del grueso del ejército hasta el 6 a mediodía, circunstancia bien favorable para que los rusos nos hubiesen pasado en la inacción el referido día 6 ; que efectivamente los dos ejércitos se estuvieron observando y haciendo cólera para manifestarla en la batalla general, que se anunciaba para el día siguiente, 7 de septiembre de 1812.

Día ciertamente memorable donde empezaron a medirse las armas rusas y francesas, en campal batalla, pues todo lo que había dado de sí la guerra hasta aquella época se debía considerar combates particulares, aun quando fuesen dados con número de hombres capaces de formar ejércitos ; pero como éstos nunca llegaba su número a la mitad del grueso de ambos ejércitos, he dado el nombre de combate a lo que en realidad eran batallas.

Ambos ejércitos avían tomado posesión cuando amaneció el 7 para que 80.000 hombres no viesen anocheecer aquel mismo día, que tan claro y hermoso se les había mostrado. La batalla empezó por la artillería gruesa de ambos ejércitos, y bien pronto empezó la de menor calibre jugando lo más del día a metralla. El polvo y el humo no me permitieron ver muchas circunstancias de la batalla, la que generalmente se dió con la artillería. Los reductos fueron furiosamente atacados y diabólicamente defendidos ; los fosos estaban cubiertos de hombres y caballos que habían hallado su fin en ellos. El primer reducto fué tomado a las 10, el segundo a las 12 y a

las dos de la tarde la victoria se declaraba por los rusos, pero la artillería de la guardia imperial hizo retroceder la caballería rusa. Enseguida fué atacada por la infantería y a las cuatro y media la batalla era ganada por los franceses, aunque la derecha rusa se mantenía en su posición, pero estaba amenazada de quedar envuelta, aunque no aquel día, porque era ya tarde, pero el siguiente lo hubiera sido sin duda si no hubiera dado todo el ejército ruso la retirada hacia Moscow, por la ciudad de Mojaisk, cuyo nombre se dió a esta singular batalla.

Las fuerzas eran iguales; las de ambos ejércitos compondrían unos 300.000 hombres; 2.000 piezas de artillería jugaron sin la más mínima interrupción por espacio de trece horas. La caballería padeció infinito, pues hubo muchos regimientos exterminados sin haber medido sus espadas con las del enemigo. Igual suerte tuvieron muchos regimientos de infantería, que sin tirar un tiro tuvieron una muy considerable pérdida sólo en sostener la artillería.

El mío no entró en acción: sostuvo por cuatro horas seguidas la diabólica artillería de la guardia Imperial y tuvimos que sufrir muchas balas de artillería; con todo, fuimos de los que menos padecieron.

Al ponerse el sol de este fatal día la batalla estaba ganada por los franceses; los rusos, con un orden admirable, daban la retirada. El silencio había reemplazado el horroroso estruendo de tanta multitud de artillería. Solamente se oían los miserables lamentos de tantos miles de hombres a quienes los golpes mortales recibidos habían dejado una débil vida para que sintiesen todo el horror de una muerte lenta. Vino la noche para que fuese más triste aquella situación; hizo bastante frío, lo que obligó a hacer fuego; en pocas horas estaban rodeados de heridos rusos y franceses, los cuales les iban arrastrando a mitigar el dolor de sus heridas con el calor del fuego. ¡Qué triste espectáculo, y más al considerar que tantos miles de hombres debían el día siguiente ser abandonados sobre aquel campo de desolación y espanto en recompensa de su valor y de la victoria obtenida por unos y por la brillante y valerosa defensa de los otros! Ésta es la recompensa y paga que el infame tirano da a sus guerreros.

El ocho, a las once del día, el ejército se puso en movimiento en seguimiento del ruso; mi ingrata suerte me puso en la vanguardia, a la qual me hallo se puede decir desde la entrada en Wilna, lo que me ha proporcionado ser testigo ocular y aun cooperador de los hechos que sucintamente refiero.

Los rusos nos esperaban a la entrada de la ciudad de Mojaisk;

hubo gran cañoneo, la noche dió fin y ellos quedaron dueños del pueblo y nosotros muy inmediatos. Jamás me acuerdo haberme hallado tan cansado y con humor tan frenético; envidiaba la suerte de aquellos que avían dejado de existir y se veían libres de tan penosa vida.

El día 9 los rusos nos despertaron a cañonazos; voy a montar a caballo, y de tres que tenía ninguno hallé. Los ladrones de los polacos los habían robado; por fin los sorprendí con ellos, y los recobré, pero no pude recobrar las maletas donde iba mi ropa, dinero y otras cosas aun más sensibles de perder; pero como aquella fatal época había entorpecido los sentidos, puedo asegurar que apenas me acordaba que nada tuviese. Los rusos no nos daban mucho lugar a reflexionar, su artillería nos daba mucho que hacer.

Los cosacos y kalmuks nos obligaron repetidas veces a formar el cuadro y a cerrar las columnas para librarnos del hierro de sus brutas y mal labradas lanzas; no puedo menos de acusarles de no habernos roto y deshecho algunas veces, y en verdad que en aquella ocasión pudieron haberle muy bien rascado el cogote al Rey de Nápoles que nos mandaba.

La llegada de varios refuerzos obligó a los rusos a seguir su retirada, pero no como antes. Era menester una numerosa artillería que continuamente tirase contra su retaguardia, y aun muchas veces la que ellos establecían hacía callar y aun retirar la nuestra, de suerte que el 8, 9 y 10 se puede decir que fué un continuado combate hasta la hora de ponerse el sol; que entonces unos y otros, necesitados al extremo de descanso, vivaqueaban y regularmente a muy corta distancia unos de otros, hasta el día siguiente, sin que jamás en la noche se tomaran la molestia de incomodarse unos a otros.

El 10 me hallaba mandando la vanguardia de la vanguardia; al ponerse el sol me hallé en una pequeña altura desde donde vi que los rusos habían hecho alto, al parecer para vivaquear; hice alto también. A pocos momentos llegó el Rey de Nápoles; estábamos todos bien creídos que mandaría establecer el campo; fué todo lo contrario: manda atacarlos a la bayoneta. Mi vanguardia se unió a la división, que siendo al principio de la campaña fuerte de 17.000 hombres, apenas contaría en aquel día 4.000. Lo primero que se nos presenciaba era un grueso de caballería de unos 30 escuadrones los más de ellos cosacos y tártaros. Éstos no hicieron ninguna resistencia, nos abandonan el campo, y se presenta enseguida una línea de infantería con una batería volante. A las primeras descargas una bala mata mi caballo; monto un segundo, otra de metralla

se lleva una parte de la silla, otra le hiere en la espaldilla y un momento después otra que le dió debajo de la oreja me lo hace caer. Entonces me vi precisado a mantenerme en pie. Los rusos no cedieron nada de terreno. Habría como cosa de un cuarto y medio de hora que avía comenzado el duro combate cuando vi que una columna francesa que estaba a cien pasos sobre mi izquierda se retiraba; busco en medio del humo al comandante del segundo Batallón, que mandaba por ser el más antiguo, lo hallo muerto, me dan al mismo tiempo la orden de retirarme de parte de un General que se presentó allí, lo que efectivamente executé.

La columna francesa que se retiraba sobre mi izquierda, como tengo dicho, insensiblemente en su retirada se unía a la mía y la mía insensiblemente a la francesa, de suerte que a los ochocientos o novecientos pasos nos hallamos mezclados y próximos a la entrada de un bosque. Se hace alto y se sigue la acción. Ya no había orden; todos gritaban, el furor se avía apoderado de todos los espíritus; unos cosacos intentaron envolvernos, doy la voz de «¡Fuego a la izquierda!», cuando una bala me entra por la quijada derecha, sale por la boca haciéndome trozos el hueso y rompiéndome una arteria. Mi estimado amigo don José Hernández, capitán de mi Batallón, me coge, me saca del combate; tres o cuatro pañuelos detienen el chorro de sangre, cuya abundancia me hizo creer que debía ya precisamente morir dentro de un cuarto de hora. A fuerza de trabajo llegué al furgón del hospital; los cirujanos me curaron, y enseguida pasé la noche al raso con un frío bastante fuerte. Allá se juntaron los más de los oficiales de los dos batallones, heridos igualmente. El día siguiente nos envían a Mojaisk. Esta ciudad fué incendiada como todas las demás; yo no quise ir, me metí en un coche del coronel y seguí el ejército, porque aquel era mi destino; pues si yo hubiera ido a Mojaisk no estaría donde ahora estoy.

Metido dentro del coche pasé mi mal, siguiendo detrás de la división mezclado con la artillería. El Ejército siguió su marcha; los rusos se retiraron, cediendo el terreno a palmos, y con bien de estrago de los que lo ocupaban.

El día 14 de septiembre de 1812, a las tres y media de la tarde, llegó la vanguardia del ejército a unas alturas que dominan la gran ciudad de Moscow (100 leguas), que los rusos habían abandonado por la mañana de aquel mismo día, retirándose con dirección a la ciudad de Kaluga. El ejército entró inmediatamente, saliendo a vivaquear fuera de la ciudad; entrando enseguida el Emperador con su guardia y algunas otras tropas, alojándose en el Kremele, que es el antiguo palacio de los Zares. Moscow es una de las más interesantes

ciudades de la Europa ; tiene once leguas de circunferencia, magníficos palacios que los señores rusos fabricaron a principios del siglo pasado para seguir el gusto de Pedro el Grande, con una ostentación digna del genio de aquel grande hombre ; magníficos jardines con grandes *horangaries*, para engañar los árboles y plantas y hacerles producir flores y frutos por medio del calor artificial en todos los tiempos del año. Cuenta Moscow más de medio millón de habitantes, y una reunión de los grandes señores rusos donde pasan particularmente el invierno ; cuenta asimismo mil seiscientas iglesias.

Esta inmensa y hermosa ciudad fué entregada a las llamas los días 15, 16, 17 y 18 de septiembre. Fuí testigo de este horroroso espectáculo ; lo más imponente que el hombre puede ver o imaginar y que no se puede considerar sin derramar lágrimas. ¿ Quiénes fueron los autores del incendio ? Es difícil de saber.

El gobernador de Moscow, Príncipe Rostopchin, dió la orden para incendiarla, pero él y su ejército la abandonaron sin verificar el incendio ; pues cuando yo entré el 14, ni había incendio ni saqueo. Este empezó el 15 a mediodía, y el fuego empezó a manifestarse a las dos de la tarde del mismo día. El saqueo empezó por los franceses y concluyó por franceses y rusos. Cuando una ciudad se entrega al saqueo arbitrario de los soldados, por lo regular pronto se manifiesta el incendio, por lo que, según mi parecer, Moscow fué incendiado por los rusos y franceses, y el Kremele fué volado por Bonaparte, como se verá más adelante.

Después de la batalla de Mojaisk el ejército francés carecía de víveres. Los merodeadores o ladrones, que es lo mismo, en vez de hallar provisiones para la campaña, solían probar las lanzas de los cosacos, por lo que no se determinaban como anteriormente a salir a derecha e izquierda del camino. Esta circunstancia tenía al ejército victorioso hambriento, tanto que tres días antes de tomar a Moscow ya se comía la carne de caballo. La toma de esta ciudad dió inmensas provisiones de toda especie, tanto que si hubiera habido orden podía de ellas subsistir muchos meses todo el ejército, pero como el destino o providencia de Dios había determinado el exterminio de él, poco le sirvieron los grandes recursos que halló en aquella inmensa ciudad ; y de menos le sirvió el oro y plata de que tantos miles se llenaron, pues todo había de quedar sobre el mismo suelo donde fué robado. No se limitaban los robos al oro y plata ; se cargaron cientos de carros de muebles bien preciosos ; entre éstos me tocó un magnífico coche de tres que mi célebre coronel tomó, creyéndolos llevar a Francia y presentarlos en dote a su hija. Este robo

no me vino mal, pues me proporcionó la comodidad que no me daba el indecente carricoche que antes tenía.

El 16 de septiembre salió parte del ejército francés, al mando del Rey de Nápoles, en seguimiento de los rusos. Este mismo día los cirujanos y amigos me habían obligado a pasar al hospital de Moscow, edificio que la casualidad salvó de las llamas; cuando iba a él supe el movimiento de mi división. Esta circunstancia, junto con los horrores y poca seguridad que me presentaba aquel desolado pueblo, y sobre todo el destino que quería sacarme de Rusia y restituirme a mi patria, me hizo determinar volver al campo y decir determinadamente a mis cirujanos que más bien quería morir dentro tres días entre las filas que vivir en Moscow. Metido en mi soberbio coche seguía al ejército, que tomó el camino del mediodía de Moscow, sin saber de fijo hacia qué parte daban los rusos su retirada. Unos decían que habían tomado la dirección de Kaluga, otros que se encaminaban hacia el mar Negro y no pocas opiniones habían que se dirigían al Asia. Lo cierto es que 14 días estuvimos marchando, ya a derecha, ya a izquierda, sin tener noticias de ellos; tal era la falta de medios para indagar sus movimientos.

El 29 de septiembre dimos con ellos; hubo gran cañoneo; nos cedían el terreno a bastante coste. El 30 casi el ejército no avanzó una legua por no haber ellos querido retrocederla; no dudaré que aquel día se tiraron más de 10.000 tiros de cañón. El día siguiente siguieron su retirada, cañoneándose de una y otra parte y lo mismo hicieron los días siguientes, hasta el 4 de octubre que a las doce del día dicen que ya no se retiran más. Instante memorable, pues fué el punto hasta donde pudo llegar la dicha no interrumpida de los franceses y adonde empezaron a experimentar los inauditos reveses, de los cuales no hay exemplar en la historia.

Habiendo los rusos hecho alto, se empezó un sangriento combate que la noche puso fin. Ellos conservaron su terreno y los franceses el suyo; todos pensábamos que el día siguiente se empeñaba otra vez la acción; fué al contrario, unos y otros se estuvieron mirando sin incomodarse, los centinelas estaban a tiro de pistola y las patrullas se hablaban entre sí. El Rey de Nápoles se presentaba en las avanzadas a hablar a los generales, cuyas novedades hicieron creer a muchos un decidido armisticio y una entera confianza de que de un momento a otro llegara la paz. El ejército estaba afligido de la escasez, los caballos que morían servían para los soldados; se avía apurado todo el centeno de la comarca, la paja la comían los caballos y el grano los hombres. Este alimento causó muchas muertes, pues el centeno en el vientre se hinchaba y mo-

rían infinitos de este mal. Yo estaba bien de provisiones; tenía una vaca, me daba leche que con harina era mi alimento, único que podía comer a causa de la herida que me afligía mucho el dolor que me causaba pasando el día y noche al raso, pues todas las casas que había en los contornos se habían deshecho para hacer fuegos a la noche, porque ya los fríos eran tales, que por las mañanas el suelo estaba tan blanco como si hubiera caído una gran nevada. Sin embargo de experimentarse incomodidades de esta naturaleza, reinaba alegría, todos esperaban la paz, pero yo no consideraba sino muy próximo el momento fatal de nuestro total exterminio. Estábamos a mediados de octubre y se esperaba de un momento a otro el terrible e irresistible ejército del Polo Ártico, contra el cual nada sirven los cañones y las balas.

Estando en esta situación, siempre como digo esperando la paz, una mañana los rusos nos hacen ver que era entonces cuando ellos trataban de hacer la guerra. Nos atacan, derrotan espantosamente nuestra caballería, toman nuestra artillería, se apoderan de todo el bagaje, en cuyo momento quedó sin caminar el Rey de Nápoles y sin mulas españolas su mayor general Villiard.

La poca infantería formada en cuadro salió por en medio del ejército ruso, falta imperdonable de éstos, pues no debió haberse escapado persona del combate de Wozoroff, ni aun el Rey de Nápoles que, disfrazado de polaco, sorteaba los cosacos con una destreza admirable.

Al empezarse el ataque conocí que nuestro ejército quedaba cortado por momentos. Subí al coche pero me seguían dos caballos, uno cosaco que adquirieron y me regalaron mis soldados el día que me mataron los míos. Advertí a los que me los conducían que fuesen siempre inmediatos al coche, que iba bien ligero, pero los cosacos lo iban más. Uno de mis soldados se arrima a mí y me dice que si no quiero morir, que montase a caballo y metiese espuelas. Conocía su razón; yo callaba considerando que, para salvarme yo, aquel hombre debía correr un seguro riesgo de morir. Viendo mi momentánea irresolución, baja del caballo y con una voz se puede decir imperiosa me dice: «¿Qué hace usted que no monta a caballo y no huye?» Obedecí y abandoné a su suerte a este buen hombre, en ocasión que ya aquellas barbudas bestias estaban encima de nosotros pasando de sus lanzas a quantos encontraban, envueltos en la más espantosa confusión de cañones, coches, carros, caballos y hombres, todo hecho un ovillo o más bien una tórtilla. Yo fui atravesando campos y bosques sin camino ni sendero; mi debilidad era mucha, pero el riesgo era más. Corrí cinco horas en compañía

de unos fugitivos hasta que a la noche me hallé a quince leguas de Wozoroff, en un campamento de quatro esquadrones de polacos, sobre el camino de Moscow, cuyo fuerte destacamento era para mantener la comunicación con el Emperador, que se hallaba en aquella ciudad desde que se tomó, y el ejército del Rey de Nápoles. Sin embargo de acordarme del robo de mis maletas, determiné quedarme entre los polacos, pues en qualquiera otra parte no avía seguridad. Los cosacos nacían de la tierra con la misma prontitud que nacen los hongos en el mes de octubre. Pasé la noche cerca de un fuego, envuelto en mi mal y en la más negra melancolía. La memoria de mi asistente me afligía sobremanera, la de mi amigo (a quien debo la vida) Hernández me causaba el dolor que no me daba mi mal; yo consideraba hecha a trozos nuestra débil infantería. No sabía qué partido tomar en tan crítica situación. De irme a Moscow, nada adelantaba; por otra parte mis caballos no podían marchar; yo no tenía dinero. Esto era lo de menos. No tenía víveres: mi vaca y mi harina, y sobre todo mi asistente, los consideraba en poder de aquellos bárbaros. Era fatal situación la mía. Un oficial francés (Dios le socorra como él me socorrió a mí) me ofrece leche y harina y sobre todo que, habiendo pedido a mis compañeros, que él y toda su compañía tendrían el mayor honor de mejorar mi suerte. Grande y estupendo ofrecimiento en tal ocasión; miré a aquel hombre como a mi ángel tutelar y más cuando de allí a poco me dieron leche y harina con azúcar y canela, artículos que yo no conocía, asegurándome que tenían gran provisión. Comí, o por mejor decir chupé, aquel delicioso rigote con el ansia que podía tener un hombre que hacía 24 horas que nada había probado. No dormí; pasé aquella eterna noche acordándome de la suerte de mis compañeros que no podía echar de mi imaginación. Amaneció el día; una falsa alarma pone en movimiento todo el campo polaco; queda sosegado todo con la respuesta que dan los batidores de estar libre el campo. Serían como cosa de las once cuando, vencido del sueño, y sumido en la más profunda melancolía, me encuentro entre mis piernas un bulto y veo era una perrita que avía traído de Olanda, llamada «Ñinega», animal singular por su hermosura, extremado cariño y fidelidad; la cual consideraba ya en poder de los rusos desde el día antes. Quedé pasmado de verla, y más quando de luego me veo mis dos asistentes, el que me avía dado el caballo y el otro. El primero me dijo que apenas me avía yo separado de él, cuando llegaron los cosacos; que no tuvo más arbitrio que tenderse y hacer el muerto detrás de un carro volado, que después pudo meterse en un bosque y enseguida unirse a nues-

tra infantería; que por una indiscreción de los rusos escapó sin apenas perder un hombre, que habían dado la retirada a cinco leguas de Wozoroff, que mi vaca y mis provisiones habían quedado en poder de los cosacos, que la voz general era que yo había sido muerto y que ellos habían determinado buscarme hasta llegar a Moscow.

Estando en esto, un movimiento general alarma el campo polaco; montan a caballo y salen a una cierta distancia. Yo salí también y bien persuadido que los rusos estaban a la vista. Efectivamente, subí a una pequeña altura, desde donde se descubría a larga distancia un hormiguero de gente que cubría una grande extensión de terreno. Empecé a considerar con admiración aquella multitud, y no me quedaba ninguna duda de lo que había de ser de mí. Los polacos abandonan el campo, yo me quedaré solo; mis caballos no pueden de fatigados y hambrientos, en tal caso ¿qué partido tomar?... No lo sé.

Los descubridores volvieron corriendo con la inesperada noticia que era el Emperador con todo su Ejército. Efectivamente, habiendo sabido la derrota de la vanguardia al mando del Rey de Nápoles, manda juntar todo el Ejército, pega fuego a las mechas de las minas del Kremele y sale de Moscow con dirección a Wozoroff. Yo aproveché esta ocasión; y me incorporo con la vanguardia para irme a mi División, a la que llegué a tiempo de ponerse en marcha, no para Wozoroff, sino por ciertos caminos sobre la derecha. Era de noche y no era muy fácil hacerse bien cargo de aquella marcha. El día manifestó que nuestra marcha era de flanco y con dirección a Kaluga.

A las doce del día descubrimos en una espaciosa llanura el inmenso carruaje de todas clases que había salido de Moscow, y seguía el Ejército. No dudaré que hubiese de 10 a 11.000; quizás habría 2.000 coches hermosos, y muchos millares de carros cubiertos y cargados de provisiones. Los soldados no avía quién no llevase en sus mochilas cantidad de oro y plata. A pesar de todas estas riquezas el Ejército experimentaba el hambre, lo que no era fácil de remediar. Sin embargo de tan triste situación, todos estaban esperando que su Emperador haría UNA que mudase el funesto semblante de las cosas. Con esta buena confianza, el Ejército marchaba de día y noche con el fin de tomar la ciudad de Kaluga, antes que los rusos pudiesen tener conocimiento de nuestra marcha.

Esta expedición era verdaderamente admirable. Kaluga nos podía dar grandes socorros; era gran pérdida para los rusos por tener una de sus mejores fábricas de armas. Kaluga nos abría una puerta

para dar la retirada por las provincias del mediodía, en las cuales no había pasado ejército alguno y estaban llenas de toda especie de provisiones. Kaluga, por fin, se consideraba como el único recurso que podía salvar al ejército y conducirlo a invernar a Polonia o Moldavia; por consiguiente, la toma de esta importante ciudad presentaba tantos intereses al ejército en general y a los individuos en particular que cada uno consideraba en la toma de Kaluga su salvación. El movimiento del ejército era rápido, bien combinado, y para que tuviere un feliz éxito se marchaba de día y de noche; por último parecía imposible que pudiese faltar en darse tan interesante golpe.

Yo seguía en mi coche, único que le quedó al coronel, pues en la derrota de Wozoroff los cosacos se quedaron con los otros dos. Un día (para que no me faltase ningún género de aflicción en mi lastimosa situación) me siento en el tobillo del pie derecho un dolor sumamente fuerte; me quito la bota y veo que toda mi pierna parecía una piel de tigre de manchas negras y amarillas; lo manifesté a los cirujanos, no les gustó; menos me gustaba a mí. Los dolores eran terribles e insoportables, los remedios eran terribles e insoportables, no había otro que sufrir y morir, y yo verdaderamente me daba por muerto. Ya no podía dar un paso sin que me llevasen en volandas. Gracias al generoso cuidado de mi amigo Hernández, que su cuidado y paciencia ayudaban a soportar el fatal estado en que me veía. Fué cabalmente en esta ocasión que un sargento me entregó una carta de mi hermano don Tomás de Llanza, fechada en Mataró, en la que me daba noticias de mis amados padres y familia, de los cuales hacía cerca de dos años que nada sabía. La carta fué traída de Moscow por un sargento francés que la entregó a uno de mi regimiento. ¡Quáles serían los sentimientos que excitaría en mí la dichosa carta en ocasión en que me veía muerto, a mil leguas de mi Patria, es bien difícil expresarlos y bien amargo el probarlos!

El día 24 de octubre de 1812 la vanguardia del ejército compuesta del de Italia llega a Meloyereslabes (desde la salida de Moscow (260 leguas) al amanecer de otro día. Halla la vanguardia del ejército ruso que hora y media antes había llegado a tomar posesión del punto; trábase el más obstinado y sangriento combate, que duró hasta las diez de la noche. El estrago fué grande por una y otra parte; los franceses perdieron lo más de aquella parte de ejército, los rusos me han asegurado que les costó 15.000 hombres, y esto que tenían la ventaja de la situación, que era bellísima, la cual

perdieron, pero tomaron otra a una legua de distancia no menos interesante, donde el ejército toma posición.

El 25 a las tres de la mañana llega el Emperador con todo su ejército. Se forma en batalla y se presenta a los rusos, que no la admiten. Hubo en el discurso del día varias tentativas para obligarles a una batalla general, pero nada fué suficiente para provocarles y menos para que abandonasen el punto y nos dejaran el paso libre. Aquella fué fatal; no la pasaría el Emperador muy lisongera. Aquel momento formará época en la historia del mundo, y más en la historia de ese famoso perturbador del sosiego humano.

Es en Meloyereslabes donde halla el robusto dique que detiene la impetuosa corriente de su no interrumpida dicha. Es Meloyereslabes la primera vez que a la vista del mundo entero tiene que volver las espaldas para huir hasta el Rhin, abandonando medio millón de hombres sobre los campos helados de la Rusia; es, en fin, en Meloyereslabes donde la fortuna cansada de halagar y seguir a este facineroso, lo abandona y empiezan y se eslabonan las desgracias, descalabros y pérdidas que han de proporcionar el equilibrio de la Europa y la paz a los hombres.

Eran las nueve de la mañana del 26 que el Ejército estaba todavía en batalla sin haber podido obligar a los rusos a darla. En tan crítica situación el Emperador ordena la tan memorable retirada por el mismo camino que el Ejército avía traído, de cuyo territorio se había hecho el más espantoso desierto, pues ni aun se conocía el lugar donde avían estado situados los pueblos por ser éstos todos de madera y haberlos las llamas enteramente consumido.

A las 9 empezó a desfilarse el inmenso convoy de carruajes. Ocupaba dos leguas por cuatro o cinco de fondo. Estaba en este convoy la artillería del ejército, con sus repuestos y reservas. Mi división tuvo orden de escoltar toda esta multitud, en castigo de haberse dejado tomar toda su artillería al amanecer del 25 por una emboscada de dos mil cosacos que, saliendo de un bosque, cortan la columna, matan cuanto encuentran, desordenan espantosamente todo el convoy y en esta situación el Emperador se hallaba de paso entre él, y tuvo a buen partido el poner pies en polvorosa. Su guardia, tres edecanes y un general fueron lanceados; yo con mi coche me hallaba entre esta confusión, esperando por momentos quando me ensartaban dentro de él, pero nada fué; únicamente mataron a uno de los caballos e hirieron a uno de los cocheros. No hubiéramos escapado tan felizmente si el Rey de Nápoles, que estaba muy inmediato con toda la caballería, noticioso del riesgo que corría su amo no se hubiese avanzado con 10.000 caballos, con los que hizo

retirar a aquellos diablos que, ciertamente, si ellos se abstuvieron del grito de guerra usual en ellos cuando atacan que es «¡Urra! ¡Urra!», con cuyas desaforadas voces alarman cuanto hay cerca de ellos, seguramente lancean a Bonaparte y el estrago hubiera sido inmenso si atacan en silencio.

Los primeros días de la retirada avía algún orden, pero no tardaron en presentarse los rusos a la retaguardia y a los flancos del camino para impedir al ejército salir de él. El 2 y 3 de noviembre el cuerpo del ejército que sostenía la retirada fué atacado furiosamente y casi exterminado. En este mismo tiempo ya los caballos morían de hambre y eran luego comidos por los hombres. Es una bien difícil de explicar la prontitud con que se hacía la anatomía de los tales animales y quedaba el esqueleto perfectísimamente descarnado ¡tanto puede el estímulo del hambre! A la muerte de los caballos seguía la voladura de los repuestos de pólvora, el abandono de la artillería y de los carros que conducían los robos de Moscú, ¡Qué muebles tan preciosos se veían tirados y abandonados sobre aquellos campos! Es cierto que los polacos me robaron mi equipaje, pero ¡qué importa!: avía días que mudaba diez veces de pañuelo sin cuidar de dar a lavar el que dejaba. También solía aver camisas y otras cosas que mis soldados tenían cuidado de proveerme.

Mi mal, sin saber por qué, fué a menos; ya podía sentar el pie en el suelo y cuando iba en mi yegua cosaca, llevaba la pierna sobre su cuello y con ello sentía un gran alivio. El coche ya no existía: una noche lo quemamos por falta de leña, y los hambrientos caballos fueron entregados a comer a los más hambrientos soldados. A tantos males y miserias, todavía faltaba el que debía poner el colmo.

En esta época los días eran hermosos; no avía todavía nevado ni llovido, pero vino la abundante nieve, e inmediatamente el hielo; ya ni los hombres ni caballos podían dar un paso sin caer. A todo esto aun faltaba una pequeña friolera, que era el frío del Norte que todavía no avíamos experimentado; vino para completar la horrosa escena y cada día quedaban de hambre, frío y fatiga más de tres mil hombres muertos sobre el camino. Los caballos experimentaban igual estrago. Desnaturalizados los hombres, no hacían caso de ver que su compañero se sentaba o se arrimaba a qualquier parte para no volverse a levantar; el único acto de caridad que se practicaba era desnudarlo antes de morir a fin de quitarle el dinero, o bien la ropa si era buena. A muchos que se resistían en aquel último momento, he visto ayudarlos a morir a puñadas o a culatazos de fusil,

a fin de no tener tanto trabajo en desnudarlos, quitarles las botas o zapatos, que era lo que más se codiciaba en aquella ocasión. Y lo que más horrorizaba era el considerar que aquellos mismos que así insultaban, dentro de pocos días debían probar precisamente igual suerte y retorno, según iban cundiendo el hambre y extenuación de fuerzas. Estas caritativas acciones no se veían en enemigo con enemigo, se veían en francés con francés y quizá mediando relaciones amistosas o a lo menos de conocimiento. Quisiera borrar de la memoria mía tales horrores, de los cuales me hizo ser testigo la indigna suerte que me metió entre tales foragidos.

Se esparció la voz que en Smolensks había un ejército de 100.000 hombres con los cuales sería fácil librarnos de los tabardillos de los cosacos, que constantemente los teníamos a derecha e izquierda del camino, sin podernos apartar a la más corta distancia sin ser lanceados. También aseguraban que los almacenes de Smolensks estaban provistos de harina y otras provisiones, lo que daba alguna esperanza de salir de tan horrorosa miseria. Llegamos por fin. El ejército estaba en la más deplorable situación: no salía de ella, antes empeoraba. Los fríos eran insufribles y la escasez no se remediaba. Los almacenes eran de harina; apenas tocó un puñado a cada soldado. La guardia imperial, que avía llegado tres días antes, los avía saqueado, y el resto de las tropas ayudó también y aun llegó el desorden a tanto extremo que incendiaron almacenes enteros de aquello mismo que avía de sustentar a los incendiarios.

Toda esta confusión pasaba a vista del Emperador. Éste el 13 tuvo noticias que los rusos venían siguiendo a Ney, que cubría la retaguardia del Ejército, y temiendo no le cortasen el camino salió arrebatadamente con su guardia, dejando orden a dicho Mariscal que permaneciese en Smolensks hasta el 16, para dar lugar a que pudiese escapar con su guardia. Nosotros debíamos salir el 14 y tuvimos orden de reforzar el Cuerpo de Ney, que llega el mismo día 14, perseguido por los rusos. El 15 nos mantuvimos lidiando por todas partes con éstos, y el 16 a las dos de la noche nos abríamos paso para seguir la retirada. A las tres y media de la mañana hicieron su explosión sucesivamente las minas puestas a las fortificaciones de Smolensks. Una de ellas debía hacer saltar una torre y un hospital donde había 8.000 heridos, que fueron por los aires en premio de sus heroicidades.

Teníamos noticias que a trece leguas los rusos avían cortado el camino con grandes fuerzas; sabíamos que habían cañoneado la Guardia, el Cuerpo de Italia y el de Davourt, y que por consiguiente el de Ney lo sería más que ninguno, porque iba cubriendo

la retaguardia y pasaría el último; efectivamente, con una densa niebla llegamos al barranco de Krassnow el 18 a las doce del día (120 leguas). La niebla no nos permitía ver el ejército ruso, pero no impidió que un diluvio de balas nos avisase que en aquel sitio se debía celebrar una gran función. Ney, sin ver el enemigo a causa de la niebla, manda a mi Cuerpo atacar a la bayoneta; tocan los tambores y trompetas y avanzan menos de mil hombres de que se componía el referido cuerpo, de 17.000 que constaba al principio de la campaña.

Yo, sin saber por qué, pues ni aun espada llevaba, avanzo con las tropas: la niebla nos impedía ver donde íbamos. A los rusos sucedería lo mismo, pero ellos disparaban con acierto y sin cesar a metralla, en términos que la fiesta fué bien breve y la mortalidad bien crecida. Yo recibí una bala de metralla que me tiró a ocho o diez pasos, tendido en el suelo, o más bien en la nieve; esta herida o golpe tuvo algún tanto de singular, fué de soslayo en la cadera derecha: sobre este brazo llevaba una corta carpeta de bayetón cuya ropa caía sobre la misma cadera; muchos pliegos fueron rasgados y consumidos, lo que en parte evitó el estrago y sobre todo lo evitó el no venir derecha, que a venir por esta dirección era indispensable el que me rompiese. Con todo, el embate y golpe fué rudo, me quitó el sentido. Vuelvo algún tanto en mí, tentaba donde me hubiese pasado el cuerpo; no hallando nada, pruebo de levantarme, me levanto, ando y aun corro, aunque con gran dificultad y dolor, pero las ganas que en aquel momento sentía de vivir me hacían vencer las dificultades. En seguida fuí, siempre conducido por dos soldados, aunque sobre mis pies. Mis esfuerzos se dirigían a salir de tan diabólico lugar, de aquel diluvio de metralla y quiere Dios<sup>1</sup> que en vez de huir hacia atrás me iba encima de los cañones. El campo estaba solo, el combate había acabado con la muerte de los atacantes; lamentos y horror era lo único que se oía y veía; yo medio corriendo a derecha e izquierda no hallaba el barranco que debía abrigarme de aquel torbellino de metralla que todavía no cesaba.

Por fin llegué a él y me senté un momento; poco después me uno con algunos oficiales y me voy sin saber a dónde. Después de haber andado como cosa de media hora, nos hallamos en un pueblecito donde se había reunido una multitud de hombres de todas las armas; yo era el único Jefe que había. Los oficiales trataban de persuadir a los soldados que entrasen en formación, para lo cual trabajaron mucho. Ney, viendo su cuerpo derrotado, abandonó el

1. Primero escribió «el diablo», lo tachó y puso encima «Dios».

campo y huyó hacia el Nieper; mientras yo con una columna de más de 4.000 hombres, sin saber por qué, me iba muy despacio hacia el ejército ruso que nos estaba esperando. Esta situación de cosas me advirtió haber llegado el feliz y suspirado momento de pasarnos a los rusos, por medio de una capitulación que nos asegurase un decente trato, que en otra manera no esperábamos.

Dispuse enviar un oficial al general ruso para que capitulásemos; a la salida de éste, nos hacen una descarga con toda su artillería; se dispersa la columna y se reúne a muy corta distancia. Viene un coronel ruso con un trompeta; me llaman para que yo contestase a su solicitud; yo no estaba para contestar, ni siquiera para tenerme en pie. El coronel se dirige con su caballo a mí, rodeado de toda la oficialidad francesa, y yo sostenido de dos soldados. El coronel me dirige la palabra en francés diciéndome que su padre, el príncipe Gallitzin, General del ejército ruso, ofrecía a todas aquellas tropas un buen tratamiento si se rendían sin la menor efusión de sangre. Mi respuesta fué: «Señor; soy un desgraciado español...», a cuyo nombre me corta la palabra diciéndome: «¡Español...! Mi Emperador no hace prisioneros a los españoles; vuestro país y el mío tienen estrecha alianza; los Ejércitos rusos protegen a todo español que la suerte ponga en nuestras manos». Entonces yo le digo: «Pues, señor, tampoco nada tengo que tratar: yo, mis oficiales y soldados nos acogemos a la protección de vuestro Emperador, vuestro padre y General, y en cuanto a esta multitud podéis disponer de ella como os parezca». Los soldados de luego tiraron las armas, y los oficiales franceses viendo la protección ofrecida a los españoles buscaban por todos medios de disfrutar de ella. A nadie se hizo el menor daño; pedí al General el pasar la noche, por ser ya entrada, sobre el mismo terreno, por estar junto a un pueblo, que nos suministraba leña para calentarnos, pero que nos diese una guardia a fin de que no fuésemos robados por la noche.

Con efecto, inmediatamente se nos presentaron dos compañías de cosacos para que nadie nos incomodase. Estos tenían la orden para acompañarnos el día siguiente al cuartel general, a fin de ver al general Dourousky, que debía recibir órdenes del Feld Mariscal acerca el destino de los españoles.

El día siguiente me marché con mis oficiales y soldados, acompañados de los cosacos, que no dejaban de gritar y repetir en el camino «¡Hispanikis, Hispanikis!», cuyo nombre observaba el que nos hacía respetar de todo el ejército ruso. Yo desde el día antes me había quitado las condecoraciones e insignias, cosa que gustó mucho a los rusos; los franceses disimularon, si acaso les inco-

modó la transformación, se puede decir casi milagrosa, pues había perdido la esperanza de sacudir la ignominia que llevaba encima, con la que pensaba estar condenado a morir dentro de poco; pero la Providencia dispuso el que los rusos me ayudasen a romper las cadenas con que la más indigna tiranía me había esclavizado y en la que he gemido cerca de cinco años.

Para llegar al Cuartel general aun quedaban dos leguas; yo debía ver al Príncipe Dourousky, a cuyo campamento me dirigí, o más bien me dirigían, pues eran los cosacos los que dirigían la comparsa nocturna. Aquí me sucedió una casualidad que estuvo a poco el no haberme costado bien cara. No me dió más que aumentar la incomodidad, que no era poca. Sobre el camino habia una laguna; los cosacos, por no rodearla, entraron en ella. Efectivamente, el hielo estaba practicable, pero los soldados, por sacar agua, avían quitado un trozo de hielo y éste avía quedado suelto; la casualidad me hace poner el pie en este pozo; me hundo hasta la cintura; sin duda bajo por escotillón si no me agarran tres o cuatro enseguida; uno de los que me ayudaban a sacar, cayó y costó no poco trabajo salvar la vida a aquel infeliz. Nuestra marcha tenía algún tanto de singular; acompañados de cosacos, hombres los más ladrones del mundo, atravesar una multitud de campamentos rusos que no tienen menos inclinación a las virtudes de Caco, y pasar con aquella seguridad, veneración y respeto, que daba mucho que discurrir.

El Príncipe Dourousky me sacó de muchas dudas. Éste me enteró más largamente que el hijo del Príncipe Gallitzin, de la alianza que la España tenia con la Rusia. Del decreto del Emperador para que se protegiera todo español que se encontrase entre el ejército francés; que se le diese dinero, vestidos y últimamente cuanto necesitase, que S. M. I. nos proporcionaría igualmente volver a nuestro país, de donde nos avía arrancado la tiranía.

Para nosotros, que todo esto era nuevo, que ni por imaginación podíamos creer que los rusos podían ser nuestros libertadores, que los teníamos por unas fieras que no daban jamás cuartel, que mataban o desnudaban, que es lo mismo, sin distinción, todo nos parecía una gerigonza, un sueño, y este sueño fué el que ocupó mi causada imaginación por muchos días seguidos.

El Príncipe Dourousky hizo cuanto podía hacer por nosotros en aquella crítica ocasión. Mandó que se nos aloxase en su cuartel general, que era un pequeño pueblo; nos dieron una casa, ésta era la primera en que yo avía entrado después de seis meses. Nuestra primera diligencia fué comer pan; yo no podía sino en sopas por mi herida, que todavía estaba bien mala. El hambre nos tenía devo-

rados, y el comer quitó la vida a tres oficiales de los diez que yo tenía. De treinta soldados también murieron varios. Cosa que me llenó de la mayor tristeza y amargura.

El Feld Mariscal mandó que descansáremos, que dentro de algunos días seríamos enviados a un país que tenía mucha semejanza a la España en lo templado, que el General N. tendría la orden de lo que se debía hacer. Salió todo el ejército en seguimiento del francés, y a los pocos días llegó el general N., quien inmediatamente vino a vernos. No hablaba una palabra de francés ni italiano; su edecán era un joven que por habernos tratado tan bien no debo omitir ni olvidar su nombre: Sagusky, el mismo que debía acompañarnos hasta Koursk, donde debíamos pasar el invierno y reponernos, pues nosotros más bien parecíamos esqueletos que hombres. Yo me desnudé un día después de cinco o seis meses que no lo había hecho, y me espanté de verme: mis muslos podían empuñarse por cualquier parte, cubierto el cutis denegrido con una cierta escama; a esta espantosa flaqueza se unía una infinidad de pequeños animales que se llaman... que nos consumían y devoraban.

En fin, el 26 de noviembre de 1812 salimos de Krasnow para la ciudad de Koursk, situada a 300 leguas al mediodía de Moscow, acompañados de nuestro amable conductor, con el qual tratamos de hacer pequeñas jornadas, pues de lo contrario sería bien infructuosa la poderosa protección que nos dispensaba su Emperador, pues sin duda quedaríamos todos en el camino a los primeros días. Con vino en todo, y con jornadas de seis a siete leguas hacíamos el viaje, durante el qual muchos señores rusos nos obsequiaron y enteraron de varias cosas bien ignoradas de nosotros. Aunque nuestro amigo Sagusky buscaba todos los medios de hacernos menos penoso el viaje, siempre con trenos, lo mejor alojados que podía proporcionar el país, de diez oficiales, quedamos cinco. La debilidad era grande, el frío excesivo, y en el camino no avía medio de librarnos de él, sino por las pellizas que no teníamos. Fué de los inviernos rigurosos en Rusia; llegamos a tener 32 grados bajo cero, que suponen es excesivo; yo reparaba que los naturales se quejaban bastante: ¿qué avían de hacer hombres nacidos y criados a los 40 grados? Por fin después de 40 días de viaje llegamos a Koursk, capital del gobierno del mismo nombre (400 leguas).

Inmediatamente me presenté al Gobernador, el qual me manifestó el más vivo interés por mi suerte. Me enseñó el Decreto del Emperador relativo a los españoles que la suerte avía conducido a Rusia con el foragido ejército francés. También me enseñó la orden del Feld Mariscal para que pasáramos el invierno en su capital, y que

el Gobierno cuidaría si debía ser en los Puertos del Mar Negro o los del Báltico donde se hiciese la reunión de los españoles a fin de embarcarnos para España.

Nuestra llegada hizo gran novedad en Koursk; quizás serían los primeros españoles que hubiesen pisado aquellos países. Los más de los señores tuvieron la bondad de obsequiarme con espléndidos banquetes, músicas y sobre todo grandes reuniones de juegos. Los más de los señores hablan francés, con cuyo idioma podíamos entendernos. Estuve en sus campañas y estados, donde pude hacerme cargo de la esclavitud del pueblo ruso para con sus señores. Entre estas expresiones una fué en realidad un viaje, pues fué a 250 leguas para ver la ciudad de Kassan, interesante viaje donde tuve ocasión de observar el famoso Volga, uno de los ríos más caudalosos de la Asia, sobre el cual se puede navegar a más de mil leguas de su embocadura. Podría extenderme mucho en diferentes descripciones, tan curiosas como interesantes, de los países que la casualidad me proporcionó de ver, pero como mi único fin es más bien hacer una sucinta relación de los acontecimientos propiamente míos para enterar de mis raras aventuras y peregrinaciones a mi amado hermano don Jayme de Llança, mis señores padres y demás hermanos, omito alargarme o separarme de todo aquello que no me pertenece directamente.

Entre los conocimientos que hice, el que más me interesó, más se manifestó de interesarse por mí, fué Polossow, Coronel y Edecán que fué del gran Suwarow. Este buen amigo me franqueó la más completa voluntad, su casa, su mesa, caballos y trenos, todo lo que disfrutaba con la mayor franqueza y confianza. La amistad que éste tenía con Nilidorff, que era el General y Governador, me hizo formar el proyecto de ir a visitar el Mar Negro, con cuyo pretexto hubiera pasado a la Crimea, y de allí a Constantinopla, desde donde con facilidad hubiera podido pasar a Malta o Sicilia y de allí a España. Polosow jamás quiso consentir en este plan bajo diferentes pretextos especiosos, pero el que había en realidad era el que quería persuadirme por todos medios que yo entrase en el servicio de la Rusia, a lo que siempre resistí pretextando el no poder comprender el idioma. Otra vez el mismo Polossow me persuadió fuertemente para que siguiese a un general ruso que iba a mandar una división al ejército de reserva de Kiew; pero mi natural inclinación por volver a mi Patria me hizo desechar las más brillantes proporciones.

Con todo, de las contradicciones que hallaba mi viaje a Crimea, yo no desistía de él. Un día lo propuse al General; me dió palabra, pero no me la cumplió, unas veces pretextando los fríos, otras la

peste que se había manifestado en aquella provincia, de suerte que con muchos cumplimientos dejó de hacer lo que a mí tanto me interesaba.

Yo pasé el invierno en una completa ignorancia en punto a saber cuántos oficiales y tropa española había en Rusia para volver a España. A mi llegada a Koursk escribí al señor Gobernador de España en Petersburg; jamás tuve contestación; reiteré mis cartas, y no tuvieron mejor dirección. Tres veces escribí, tres veces fueron dirigidas las cartas, o a lo más se encargó de la dirección el mismo General; ninguna de ellas llegó a manos del Embaxador. Esto me ha hecho sospechar más, que ellos querían ver de obligarme a que yo me quedase en Rusia, y Polossow, reconvenido por mí, me lo confesó ingenuamente cuando llegó el caso de despedirme para ir a Petersburg, para cuyo viaje aun tuve bastante trabaxo de poder lograr pasaporte.

En esta inacción pasé todo el invierno; el sosiego y la buena vida habían dado la muerte al diluvio de aquellos animales viles, que al principio del invierno se avían conjurado tan rabiosamente contra mi extenuada persona. Ya era otro hombre. Ya había mudado todo el pellejo a imitación de las culebras que se despojan de él en el mes de mayo. Este hermoso mes llegaba y aun estaba cubierto el suelo de una gruesa superficie de nieve; a mediados de él vino el deshielo, y la noticia de haber formado en Petersburg el Regimiento Español Imperial Alexandro bajo los auspicios de su majestad la Emperatriz, por hallarse a los exércitos S. M. el Emperador.

Inmediatamente me presenté al General; ya no pudo negarse a darme pasaporte y conductor para ir a aquella ciudad a fin de incorporarme en otro cuerpo. Con todo, aun fuí detenido quince días, bajo el pretexto de que quería darme un mayor amigo suyo y hombre de toda su confianza. Vino por fin este señor, que correspondió en todo a las alabanzas que el General me había hecho de Mr. Ylinsky, cuyo señor nos acompañó hasta Petersburg.

Después de haberme abrazado con lágrimas y despedido de mi querido amigo Polossow y otros varios señores rusos, salí de Koursk acompañado de mi buen Mayor y cuatro oficiales españoles, con tres soldados, el 17 de junio de 1813.

Atravesamos los gobiernos de Orell, Tula, Moskow, Tbert y Neugorodo; al paso por Moskow se estricteció mi espíritu. Hubiera querido evitar el pasar por tal terreno, pero no era posible. Pude hacerme cargo del horrendo estrago que las llamas habían hecho en aquel desgraciado pueblo, en el cual de 96.000 casas apenas habían quedado 4.000 enteras; con todo, en aquella ocasión había más de

10.000 casas de madera construídas y me aseguraron que de un modo u otro avía ya en Moscow más de 400.000 habitantes. Lo que puedo decir es que estaba surtido de cuanto el hombre puede desear. Vi en la plaza todas las frutas que produce España e Italia en el otoño, las cuales avían hecho producir a los árboles engañándolos con el calor artificial.

En Tula vi la interesante fábrica de armas de toda especie, digna verdaderamente de ser admirada. En Tbert pasé el Volga sobre setenta barcas, obra verdaderamente singular. En Newgorodo viajé sobre el hermoso lago que circunda la ciudad singular, por ser la primera de que hace mención la historia de Rusia.

El 14 de julio llegué a Sophía, sitio imperial a 4 leguas de Petersburg (550 leguas), donde residía la Emperatriz reynante. A Pablowsky, media legua de Sophía, vivía la emperatriz Madre, entre cuyos dos sitios tenían los españoles su cuartel, cuyos edificios pertenecían al Palacio de Sophía.

El día 19 fué el señalado para la bendición de las vanderas. Celebró el Oficio un Obispo Romano. La función fué en un campo inmediato al Palacio. Se puso una magnífica tienda para las dos Emperatrices, guarnecida de tapices de Persia, donde estuvieron SS. MM. acompañados de los Grandes Duques y los señores de su Corte. Frente de esta tienda estaba el altar, al lado de él el retrato de Fernando 7.º La tropa española formada sobre un lado en columna cerrada para poder ver mejor la función. Ésta fué larga; duró tres horas y las Emperatrices siempre en pie. Las ceremonias fueron pesadas y aun repetidas. Acabada la función desfiló el Regimiento delante del retrato de Fernando 7.º, y en seguida delante de las Emperatrices. La música de la Guardia Imperial acompañaba al Regimiento durante todas estas ceremonias. El Embaxador de España estaba en medio de las dos Emperatrices; era quien entonaba los *vivas* que fueron bien prodigados por los Monarcas, las cortes, acciones, exércitos y felicidad de entrambas Naciones.

Se acabó la función y tuve el aviso que SS. MM. me esperaban para darme audiencia. Me presenté. La Emperatriz Isabel me entretuvo largo rato, preguntándome diferentes cosas y sobre todo me manifestó el sentimiento que le causaba el saber que mi herida estaba mal curada; que inmediatamente me enviaría sus cirujanos por si podían contribuir en mi buena curación. «Señora (le dije), mi herida no está del todo mal, y lo que me hace sufrir está bien recompensado con el interés que V. M. se digna manifestarme.» La Emperatriz Madre me entretuvo menos, aunque sumamente agradable. Me retiré y enseguida empezó otra función por otro estilo.

Era un gran banquete que el Embaxador de España daba a todas las Autoridades y señores de la corte. Se daba en el jardín de la Emperatriz. S. M. hizo suministrar todo lo necesario de muebles. Habría como 180 cubiertos. Se empezó como todos los combites con gran silencio y circunspección, y acabó con gritos y alborotos; el vino calentó los cascos a todos. Hubo brindis repetidos y cada uno de ellos aumentaba el calor del horno. Uno de ellos debe referirse por lo singular. No sé quién pidió la palabra: levantando el vaso impone silencio y brinda por la destrucción del tirano. No había bien pronunciado esta primera palabra que el Enviado Inglés, a manera de un gato, da un brinco y sube sobre la mesa de pies. Acabado el bullicioso combite fuimos a tomar el aire por el magnífico jardín, por el cual estaban repartidas diferentes músicas. El concurso fué grande. La Emperatriz estuvo en las azoteas de Palacio divertida de ver nuestras cabezas algun tanto caldeadas.

El Embaxador de España me dijo no haber recibido carta mía y sí únicamente la que le escribí el día antes de mi salida de Koursk, cuyo sobre en ruso puso mi amigo Polossow. Esto me confirma en la idea de que tanto él como N. Nilidorff, se propusieron en algún modo obligarme a que yo me quedase en Rusia, como ya tengo manifestado. El Embaxador no tenía ninguna noticia de mi existencia; y el no tenerla fué causa (según dijo) de que llamasen a O'Donel, que se hallaba en un puerto de Prusia, próximo a embarcarse para España con los soldados españoles que quedaron en Wilna, cuando la tan memorable retirada; de suerte que tanto Nilidorff como Polossow y otros varios señores rusos de Koursk por quererse interesar por mí me han perjudicado mucho. No tengo la culpa. Es mi suerte que dispone así las cosas.

En el tiempo que estuve en Sophía me entretuve en observar las bellezas que aquellos suntuosos sitios y sus jardines encierran. Es bien superior a quanto he visto en el resto de la Europa, particularmente considerado en verano, que es cuando en aquel país la naturaleza se muestra en todo su esplendor y hermosura, tanto que no hay con qué compararla en parte alguna.

Petersbourg es imponente. No puede considerarse sin admiración y sin el más profundo respeto hacia el grande hombre que la fundó. Su situación es singular, atravesada por el Neva que sale del lago Ladoga, y entra en el golfo de Finlandia, en cuya entrada está esta magnífica ciudad. Ninguna capital de la Europa tiene edificios más hermosos ni tan chocantes. Serán construídos de materias más sólidas, pero en el primer aspecto no hay ciudad que imponga tanto como Petersbourg. Las murallas de granito que sujetan el Neva;

la estatua ecuestre y su bruto pedestal de Pedro el Grande ; las pilastras que forman el enrejado del jardín Imperial ; la solidez de los canales difíciles y en distintas direcciones ; el templo de Kav-ark ; el triunfo naval de Pedro el Grande, con otras varias, son de tan excelente gusto, tan grandes y suntuosas, que puestas en Roma serían admiradas y consideradas con particularidad al lado de las grandes obras que conoce la Europa. Sin embargo, esta gran ciudad tiene un defecto, y tal que queda el extranjero como incómodo : cuando se halla en medio de aquellas dilatadas plazas y calles y apenas se ve transitar la gente, se le figura a uno que aquel gran pueblo está desierto, que sus inmensos palacios no están habitados y últimamente que no está animada como otras grandes ciudades de la Europa. Con todo, Petersbourg es la ciudad más hermosa que he visto y quizá exista en el mundo.

A últimos de julio tuvimos aviso que habían llegado al departamento de Kronstadt las fragatas inglesas que debían conducirnos a España. El primero de agosto tuve orden de salir con mi primer batallón para aquella isla. El día antes recibí orden de la Emperatriz para que fuese a despedirme, lo que verifiqué acompañado del Príncipe Naxinsky, su pariente, y gran Chamberlán del Imperio. Su Majestad me recibió en su gabinete. Me habló largo tiempo ; quiso enterarse y saber cuál era mi país, cómo se llamaban mis padres, mis hermanos, cuáles sus destinos, con otras varias preguntas particulares en que mostraba tomar mucha complacencia. La enteré de todo y no dejé de manifestarle que mis padres a la edad de más de setenta años estaban precisados bajo las inclemencias de todas las estaciones del año a ir errantes por las montañas para huir del furor de los foragidos opresores de mi Patria. Lo que le causó tanta sensación que casi se le caían las lágrimas. En esta ocasión fué quando, con un aire de indignación, le oí decir que jamás su esposo dejaría las armas de la mano sin ver la independencia de la España asegurada. Salí bien admirado de tanta bondad e interés como manifestó esta señora, cuya memoria será para mí eterna.

Salí el primero de agosto para Kronstadt, despidiéndome de aquellos deliciosos sitios para ver otros no menos agradables, como son todos los que hay a la orilla del golfo de Finlandia, cuyo territorio es un delicioso y continuado jardín ; particularmente son interesantes los palacios imperiales de Strebna, Petergoff y Orianembau, en los cuales fué tramada y verificada la conjuración de Catalina II contra el infeliz Pedro III.

Antes de llegar a Petergoff encontré sobre el mismo camino al Príncipe Naxynsky, cuyo señor en Sophía había mostrado particu-

lar inclinación por mí. Eran las siete de la mañana. Paróse y díjome que iba a Petersbourg, pero que prefería el comer conmigo a todas las diligencias que tenía que hacer allí; y enseguida se pone a pie delante de los granaderos y vuelve hacia atrás donde tenía su palacio de verano. Efectivamente, a los tres cuartos de legua lo hallamos sobre el camino, se despide, regala magníficamente a todo mi batallón y se dirige a su casa diciendo que nos enviaría a buscar al lugar de nuestro tránsito con sus coches.

Este es uno de los magnates de Rusia, pariente de la casa imperial, muy afecto a ella, y como la Emperatriz avía mostrado tanto placer en obsequiar a los españoles, este señor quiso aquel día hacer ostentación de su grandeza para con unos hombres que iban a las extremidades de la Europa. Los señores rusos son sumamente vanos, y éste tenía bien sobre qué fundar su ostentación y grandeza. Envió sus mejores coches, los criados brillantemente vestidos. Cuando llegamos a su casa o palacio fuimos recibidos por tres o cuatro bandas de música y una inmensidad de criados, y Madama la Princesa rodeada de muchísimos convidados del primer orden. Conocía entonces con sentimiento que este convite era bien estudiado, y que yo con ser tan pequeño, debía hacer el primer papel entre tanta grandeza rusa. Los más hablaban el francés e italiano; escogí este último.

La mesa estaba en un pabellón hermosamente adornado a la vista de su delicioso y frondoso jardín. En todo hubo una profusión sin igual, que probaba su empeño en demostrar la mayor ostentación, y sobre todo quando en el brindis (que fué por nuestra feliz navegación a España) hizo disparar cuarenta cañonazos de un fuerte que avía en el jardín, cuyo privilegio o distinción tienen los grandes señores. Fuí sentado en la mesa entre la Princesa Nazynsky y la Princesa Italinsky. Ésta era una muy principal señora, hija del gran Suwazow, cuyo general es mirado en Rusia como un héroe. Me preguntó si su padre era conocido en España, le dije que era conocido, admirado y considerado como uno de los más grandes capitanes de la Emperatriz Catalina II. Cuya alabanza no le disgustó, ni menos las que di al Principe Nazynsky de su magnífica casa de campo o palacio de verano, que ciertamente era admirable en todas sus partes. A la noche fuí conducido a mi alojamiento con la misma ostentación que había sido sacado de él.

Al día siguiente llegué a Orianembau, donde debía embarcarme para pasar a la isla de Kronstadt. Un temporal me obligó a detenerme tres días, todos los cuales fuí convidado a comer y cenar con la Princesa Gallitzin, parienta del General que tanto me protegió en

Krasnow. Lo que Nazynsky tenía de vano y ostentoso, tenía esta buena señora de natural y sencilla. Eran pobres, según decía; sus haciendas habían sido quemadas y saqueadas en Moscow. Era señora de particular talento; había viajado toda la Europa y particularmente Italia, cuyo idioma hablaba muy bien. Pasé muy buenos ratos con su amable conversación. Yo, por mi parte, les conté varios hechos de la guerra que ellos deseaban saber de un testigo ocular. No omití la falta del general ruso Tchichigoff cuando en el crítico paso de la Wecicina dejó engañarse de Bonaparte, pasando la ribera por medio de un engaño bien grosero en la guerra, sin el cual él y el resto de su ejército debía infaliblemente quedar prisionero. Yo no estaba, dije, en este memorable paso, pero un edecán del mismo Emperador me hizo un exacto plan estando en Koursk. Una buena viejecita, también de la gran nobleza, creí que se arrancaba los cabellos de rabia y hecha una furia no dejaba de vomitar blasfemias contra Tchichigoff, por lo que sentí haber movido semejante asunto, pues el tal general estaba en Petersbourg, retirado o desgraciado, de resultas de esta clara falta, que dejó escapar este condenado de la ratonera donde lo había metido su temeridad. Me despedí de mi amable y buena princesa y me embarqué el 5 de agosto, pasando al famoso departamento de Kronstadt, obra de Pedro el Grande (16 leguas) y la más magnífica que hay en su especie. No puede considerarse sin la más grande admiración y asombro ver salir del fondo del mar tanta muralla, tanto fuerte y tantas obras al parecer impracticables como se ven en el tal departamento.

El 11 me embarqué en la fragata inglesa llamada *Retreat*, número 494; el 15 dimos la vela con poco viento. El 17, 18, 19, temporal con viento contrario sobre el golfo de Libonia. El 24, vista de la isla de Gotlandt. El 15 dimos fondo a la rada de Kalskrona, al oriente de la Suecia (270 leguas). El 31 llegó el navío de guerra inglés *El Zeloso*, que debía escoltarnos por el paso de las islas de Dinamarca.

El 2 de septiembre salió el convoy, compuesto de 400 velas; el 3 pasamos ante la Suecia y la isla de Bornholm, en cuyo estrecho fondeó el convoy. El 4, a las tres de la tarde, avistamos la isla de Rugen, la de Moern de Dinamarca, delante de la que dió fondo el convoy. El 5 a las siete de la mañana, avistamos la costa de Mecklenburg y Rostock y la escuadra sueca que bloqueaba la plaza. A las diez otro navío inglés con dos bergantines se unieron con el convoy y siguieron el mismo rumbo. A las 11 vimos Rempnitz y Wismarr y aun avistamos Stralsund. A las cinco de la tarde vimos las islas de Laaland y Langeland, donde fondeamos. El 6, a las

ochó de la mañana, pasamos muy inmediatos a esta última; vi el pequeño bosque debajo de cuyos árboles me embarqué para pasar a la de Zeelandia hace más de cinco años, cuya vista no pudo menos de estremecerme. A las nueve las lanchas cañoneras danesas tiraron e intentaron tomar unos buques de la retaguardia, pero un navío y un bergantín inglés pasaron de la vanguardia a retaguardia y ahuyentaron estos tan pequeños e incómodos bichos. A las 11 entramos en el Gran Belt y en seguida vimos las islas de Feonia y Zeelandia, morada bien desgraciada para mí, pues fué donde empezaron mis desgracias y esclavitud. A las 7 de la tarde pasamos delante de los puertos de Nieborg y Cosrock, el primero de Feonia, donde el Marqués de la Romana juntó sus tropas para pasar a España; el segundo de Zeelandia, donde me embarcaron a mí atado, para pasar a Francia, no como prisionero de guerra, sí como un facineroso. Vi el palacio de Kregerup, mi alojamiento, y el territorio de Mutikobierg, donde el Rey de Dinamarca, tan indigna e injustamente me hizo prisionero. A las dos de la tarde encontramos dos navíos ingleses que siguieron nuestro rumbo. A las cuatro hallamos cuatro navíos rusos fondeados a la salida del Gran Belt, donde igualmente fondeó el convoy.

El viento todo el día había sido fuerte, pero entonces pasó a ser tempestuoso; cien brazas de cable no bastaban para estar con seguridad. La noche fué mala; el día que siguió fué mucho peor; es el 7 de septiembre día fatal para mí. El año pasado lo pasé envuelto entre los riesgos y horrores del sangriento campo de Mojaisk; hoy corriendo un deshecho temporal entre los tremendos escollos de las costas de Dinamarca y Zeelandia. El convoy se dispersó, los navíos de guerra ya no hacían señales ni daban órdenes; cada buque iba por donde podía. Mi fragata, calados los masteleros y con sólo una vela y ésta con rizos, resistía admirablemente el furor de las olas. Yo, no acostumbrado a tales aventuras, disimulaba el miedo como podía haber hecho en una acción de guerra, pero el mareo me atacó y entonces tuve que hacer lo que los demás, que fué postrarme y pasar congoxas mortales; a las cuatro o cinco horas, ya estaba bueno. A las nueve de la noche el viento calmó, y en seguida se descubrió la luz de un faro de la costa de Suecia. Ésta daba consuelo al mismo tiempo que horror, por ser toda aquella costa un continuado peñasco. Noche har-to afflictiva y triste.

Amaneció el 8 y nos hallamos delante de Gotemburg (220 leguas), puerto al occidente de la Suecia, en donde dimos fondo y sucesivamente fué llegando el convoy, menos los buques que la tempestad hizo perecer sobre la costa del Norte de Dinamarca.

El 12 salió el convoy de Gotemburg, compuesto de 600 velas; parte hizo rumbo al Océano. El viento era corto y a la noche refrescó. A las nueve una fragata que arribaba se echó encima de la nuestra: gritos, miedo y maniobras; las pudieron separar sin tocarse. A las once el viento calmó; las corrientes nos tiraban sobre Gotemburg. El 13 nos manteníamos con dificultad. A las quatro de la tarde se dió la señal para arribar al puerto. Como el viento había sido corto, todos los buques llevaban mucha vela; de pronto vino un furioso huracán; no se puede dar más espantoso instante: el viento violento, el mar bramando, todas las velas sueltas flameando con estrépito, lluvia fuerte, niebla espesa y los gritos indispensables para la maniobra de tantos hombres, hacían más terrible el lance. Las bocas del puerto eran tres, llenas de rocas y difíciles. Quatrocientas o quinientas embarcaciones, que todas a un tiempo querían entrar evitando las peñas y el tocar entre sí, exigía toda la habilidad y destreza y serenidad de estos hijos de Neptuno.

El 17 el convoy salió por segunda vez; en esta salida era compuesto de 500 velas. El 18 por la mañana descubrimos la costa del Norte de Dinamarca, a las seis de la tarde la del sur de Noruega. 19, 20, 21, no ocurrió novedad. El 22 a las 8 y media aclaró la niebla y dejó ver la costa de Nordfolk de Inglaterra, y poco después sucedió a la fragata un momento de los más terribles. Por descuido grosero del capitán o piloto dimos dos golpes en el conocido banco de Haesbrogoh. El espanto de la muerte se imprimió en el rostro de ingleses y españoles. Yo estaba en la cámara, subí a cubierta, vi el terror general. En acciones bien críticas he podido disimular el miedo que indispensablemente causa el riesgo: en éste no pude. Confieso que me llené del más vivo espanto. Es muy imponente tan horroroso lance. Una fortuna que no debe esperarse hizo que la fragata no fuese sumergida; fué tan feliz que no se abrió aunque iba con bastante salida. El marinero que tenía el timón, en cuanto sintió el primer golpe viró a babor, y dichosamente saca el buque del banco. Otra fragata que seguía nuestras aguas, tuvo igual desgracia, pero no nuestra fortuna, porque quedó allí hecha trozos. A las siete de la tarde pasamos delante del Támesis, donde entró lo más del convoy; el resto hizo rumbo a las Dunas, donde entró el 23.

El 24 salimos de las Dunas para Portsmouth. A nuestra salida un navío de guerra que arribaba se echó encima de nosotros o nuestra fragata encima de él. Hubo en nuestro buque grandes gritos, consternación y terror; pasó rozando y llevándose parte del bauprés y dejándonos llenos de miedo y respeto hacia semejante monstruo o fantasma.

El 25 fondeamos en la rada de Portsmouth (280 leguas), y a las tres de la tarde dimos la vela para España.

El 26 a las ocho de la mañana descubrimos las islas de Jersey y Guernesey. A las tres de la mañana del 27 pasamos sobre la altura de Brest; el 28, calma; el 29, viento fuerte y enseguida temporal; el 30, mejor el tiempo.

El 1.º de octubre de 1813, a las nueve de la mañana, descubrimos las deseadas y altas montañas de España a 30 ó 35 leguas de distancia. El 2, a las once de la mañana, nos hallamos a una legua o algo más de la erizada y peñascosa costa. El Capitán no la conocía. Me preguntó a mí; yo tampoco comprendí en qué paraje nos hallábamos, a pesar de haber estado tanto tiempo en la costa de Cantabria. Lo que yo no tuve dificultad en asegurar fué que no estábamos sobre otro punto de la costa que hay desde este puerto a Francia; y efectivamente era así: estábamos sobre Asturias. Dije al Capitán que hiciese tirar algunos cañonazos, que era la señal de pedir socorro.

Efectivamente, se tiraron, pero nadie salía ni se veía lancha alguna sobre la costa; esto me afligía. Creía que estaba desierta aquella parte de costa.

Por fin, a fuerza de repetir cañonazos, vimos salir tres lanchas que a porfía venían hacia nosotros; sin embargo, a nosotros nos parecía que tardaban, tanta era la ansia de ver a los primeros españoles. Llegaron en fin; subieron los más de los marineros a bordo de la fragata. Las preguntas se amontonaron sin esperar las respuestas: queríamos saber todas las cosas a un tiempo, todos preguntaban y todos aumentaban la confusión y justamente el patrón era un castellano bastante flemático que, sin responder palabra, todo parado, no hacía más que sonreírse de nuestro atolondramiento; por fin se nos satisfizo en algo y supimos que estábamos sobre San Vicente de Luarca, que Santander quedaba sobre nuestra izquierda. El patrón se ofrece a conducirnos y el Capitán inglés le entrega el mando y el timón. Mi buen viejo de patrón empieza a hacerse cruces, manda y es obedecido; yo era el intérprete. Nos da palabra que el día siguiente a las nueve o diez de la mañana nos entraría en Santander, lo que verificó puntualmente. Dimos fondo el 3 a las diez de la mañana. A las dos de la tarde tomé el bote y descendí a la tierra por quien tantas miserias he pasado, dadas por bien empleadas por verme en ella cuando ya había perdido la esperanza (330 leguas).

## NOTA

En la antecedente relación no he querido hacer mención de los ejércitos de Odino, Víctor y Macdonald que pasaron la Dunna en Curlandia, y obraban a gran distancia del que yo tuve la desgracia de servir, que era el que mandaba Bonaparte, como se ha dicho. No sé a punto fijo de qué número constaban aquellos ejércitos, pero sí que el resultado fué que jamás pudieron tomar a Riga, que dieron diferentes batallas en las cuales perdieron mucha gente y ganaron poco terreno. Aunque este furioso les dió la orden precisa de ir derechos a Petersbourg, el general ruso Conde Winginstein les ahorró el viaje, exterminando los más de aquella multitud. Cuando la inaudita retirada, se unieron a la Werezina con el aniquilado ejército que venía de Moscow, y fueron los que protegieron el tan memorable pasage.